



3 cuentos

Santiago Oviedo

3 cuentos

Índice

3 CUENTOS.....	1
Prólogo.....	2
Marina del silencio.....	4
Bajo el signo del Toro.....	31
Las cuestas del Baldío.....	60

3 CUENTOS

Santiago Oviedo



EDICIONES TURAS MÓR

Prólogo

Para todo escritor, la mayor satisfacción es ver publicado alguno de sus escritos en un libro. No importan la cantidad de revistas o de suplementos literarios en los que se haya participado: lo que cuentan son los libros.

Esta publicación electrónica incluye tres cuentos que puedo denominar mi “antología personal”, puesto que alcanzaron ese privilegio.

Marina del silencio se publicó por primera vez en la revista electrónica *Axxón*. Mereció el premio como mejor cuento del año de ese medio y, posteriormente, fue galardonado como el mejor relato de autor de ciencia ficción nacional. Como corolario, se lo incluyó en una antología de *Desde la gente. Ediciones del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos*.

Bajo el signo del Toro formó parte de una antología de *Editorial Setiembre*.

Las cuestas del Baldío, finalmente, se publicó por primera vez en la revista electrónica *Navegante*

3 cuentos

y fue compilada para una antología de futura aparición.

A través de una amalgama de realismo mágico, fantasía, terror y ciencia ficción; mediante la recreación del Ragnarök escandinavo, leyendas celtas, universos maravillosos y folklore americano; desde adentro o desde afuera del protagonista —puente entre el autor y el lector—, estas tres narraciones conforman un viaje personal que, en definitiva, es el de cada ser humano.

Hoy puedo sentir el orgullo de publicarlos en su versión definitiva.

S.O.

Marina del silencio

“¿Qué son esas lágrimas de vitriolo que corren por tus mejillas?”, te escuchás decir. Entre todas las formas de morir elegiste la peor: seguir viviendo. Y ahí estás: experimentando la misma vieja sensación, con el ácido sulfúrico del llanto que te humedece el rostro y te quemaba hasta el corazón, que arde como el núcleo de un reactor atómico.

Estás al borde del acantilado, junto a las ruinas del faro derrumbado, y en la oscuridad adivinás la presencia de las olas espumosas de allá abajo, que suben y bajan eternamente. Que te llaman. Pero sabés que ésa no es ninguna solución, que hay muchos como vos en algún lado. Luchando o negociando. Pensando o pasando por la vida con el mismo grado de consciencia que el de una mota de polvo que cruza un rayo de luz que se filtra a través de los visillos de una cortina. Pero nunca rindiéndose.

Mirás hacia la bahía y ves las lenguas rojas que se alzan sobre Marina, como si el incendio que sufre tu interior se hubiera extendido por todo el universo. Al menos, por el tuyo. No podés verte,

3 cuentos

pero el resplandor llameante ilumina tu cara, que se distiende en una mueca que se confunde con una sonrisa. Por un instante te sentís menos solo. La Maldición de Marina no pesó solamente sobre tus espaldas.

I

Marina era un pueblo de pescadores ideal para jubilados que huyeran de las ciudades salvajes, bronceados adoradores del Sol, típicas familias de clase media de vacaciones y artistejos esnobistas en la búsqueda de algo salvaje que les quitara el tedio de encima.

Afortunadamente, apenas si aparecía señalado en algunos mapas y gracias a eso no había perdido mucho de sus cualidades paradisíacas. Las pequeñas casitas blancas se distribuían sin orden ni concierto, casi anárquicamente, en el fondo de la bahía. O al menos así parecía en un primer momento. En Marina había un orden secreto, cósmico, que comenzaba desde que se arribaba a ella por el poceado camino secundario al que nadie prestaba mucha atención cuando lo dejaba atrás en su cruce con la ruta nacional.

3 cuentos

Pero llegar a Marina tenía su premio: los botes embicados en la arena, las redes tendidas para que se secaran; todo estaba donde tenía que estar, junto con las casas, los escasos árboles de más allá de las dunas y las ruinas del viejo faro en lo alto de una de las puntas de la rada. Y la armonía de aquella combinación sólo podía ser percibida y apreciada cuando uno se despojaba de su consciencia previa y aceptaba todo como un recién nacido acepta el mundo. El secreto residía en darse cuenta de que, al estar en Marina, lo demás no existía. No había más allá; no había otro lugar. Sólo eran la playa, las gaviotas y el mar.

Eso lo descubrí la primera vez que llegué. Podría decir que lo hice por accidente, pero las casualidades no existen. Marina me llamaba aunque yo no lo supiera. Y ahí estaba: un escritor gastado que pensaba en el suicidio —aunque más no fuera literario— y que veía por primera vez cosas que valían la pena. Creo que estaba cansado de inventar mundos y situaciones. Allí era distinto: ver a un chico que buscaba caparazones de caracoles en la playa; a un viejo que limpiaba una pipa lustrosa; oler el aroma de la comida casera... Me sentí como una esponja que absorbiera vida —esa energía que uno consume permanentemente y que no sabe cómo recuperar— y volví varias veces, descubriendo algo nuevo en cada oportunidad. Así pude presenciar esta historia, con la satisfacción de saber que no era una invención mía y con la desesperación de comprender al mismo tiempo que no podía influir en las actitudes de los protagonistas, siendo sólo un testigo. A veces, también, me encontré representando el papel de actor involuntario.

3 cuentos

El mejor regalo de ese lugar era el silencio. El viento, el mar, las gaviotas, eran parte de él. Incluso sus habitantes podrían haber hecho que los antiguos espartanos parecieran simples comadres charlatanas. Sus diálogos eran gestos rutinarios, cotidianos. Pero ese silencio —a diferencia del de la naturaleza del entorno— estaba vacío. Sólo en vos había algo más, algo expectante. De tu nombre Osvaldo se decía —las pocas veces que se hablaba; entre susurros— que significaba “El heredero de Valdez”. Esa idea había surgido de la vez que pasaste frente al Niño Ramón, que gritó algo parecido. O al menos, eso se sostenía; así como que lo había repetido al pronunciar la “Maldición de Marina”. Cada vez que escuchabas ese mote te estremecías.

Pero no es el asunto. La cuestión estaba en vos mismo. Pertenecías a Marina, mas no totalmente. Tenías el espíritu del poblado y al mismo tiempo eras diferente. Tu laconismo estaba lleno de interrogantes. Tu mirada delataba aidez no sólo de conocimientos sino también de verdades. Pero, ¿qué verdades están al alcance del hombre? Toda respuesta conlleva una nueva pregunta; toda pregunta exige una respuesta. Era algo que intuías y que producía esa atmósfera de épico patetismo resignado a tu alrededor. Si se está acostumbrado a algo, más vale no averiguar más, te dirías. Ícaro cayó por su propia curiosidad. También Edipo perdió todo lo que tenía por su conocimiento. Pero sabías que el destino es inexorable e ignoto. Y lo aceptabas.

De nada te hubiera valido saber qué era lo que vendría. Igualmente te hubiera sorprendido. Siempre pasa así. De la misma forma, los habitantes de Marina sabían que el cumplimiento de la Maldición estaba próximo y que lo que una vez había comenzado debía concluir. Pero no podían

3 cuentos

hacer nada para evitarlo, ya que —al intentarlo— sólo se agravan las consecuencias.

Todos esperaban en silencio. Como siempre. Pero sabías que sería algo mucho más importante para vos. Doloroso y supremo. Tan irreversible como el nacimiento o la muerte.

Ésta es la historia de Marina según la contaba el viejo Vargas:

“En un principio sólo estaban el mar y la arena. No había gente ni ninguna casa. También estaban el faro y su guardián, en el extremo más alejado. Luego vinieron el tuerto Odilio y su hijo, el joven Valdez. Con ellos llegaron los hombres y se pusieron a construir Marina. Iba a ser la ciudad costera más importante, con altos edificios y lujosas avenidas. En aquel tiempo, sin embargo, sólo se levantaron los refugios de los obreros.

“El tuerto Odilio y el joven Valdez caminaban entre las dunas imaginando cómo se elevaría Marina con el esplendor que ya tenía en los planos. El viejo faro de la punta iluminaba el fondo de la bahía por las noches, donde todos soñaban el mismo sueño que los arquitectos.

“No obstante, la empresa se presentó difícil. Una multitud de arbustos se aferraba a las dunas y los primeros trabajos fueron de desmalezamiento. Pasó el tiempo. De lugares lejanos vinieron las

3 cuentos

mujeres que curaban las heridas que los instantes de ocio producían en los hombres. Pero todos se ponían a trabajar con ahínco cuando el tuerto Odilio los convocaba.

“Había un trabajador que descollaba entre todos. El loco Salinas se llamaba. Era el más hermoso, famoso por sus aventuras amorosas, aunque tenía el defecto de que le gustaba originar peleas. Por eso le decían el Loco. Pero era el operario más esforzado, el que concluía las tareas más difíciles.

“También fue el que originó la tragedia.

“Nunca se supo si fue accidental o premeditado. Se hallaba hachando una zarza en la cima de una duna. Debajo estaba el joven Valdez. La zarza rodó por la pendiente, arrastrándolo hasta causarle la muerte. El Loco se rió como si hubiera sido una broma y luego se calló.

“Cuando el joven Valdez se desplomó, los hombres no supieron qué hacer, no atinaron a levantarlo. Se miraron unos a otros y todos comprendieron quién era el culpable. Pero el loco Salinas se había ido.

“Ninguno hallaba palabras para expresar su dolor. El tuerto Odilio no hizo nada, no dijo nada, pero sintió pena porque adivinó antes que los demás cuánto mal traería esa muerte. Cuando se recobraron, unos sepultaron el cuerpo envuelto en un bote salvavidas y otros partieron en

3 cuentos

persecución del loco Salinas. Mas no lo encontraron.

“Al día siguiente, el tuerto Odilio ya no estaba. Hubo quien sostuvo que se recluyó en el faro, pero también se dijo que fue en busca del Loco, hacia el oeste. Unos suponían que algún día volvería desde el mar; otros, que el que regresaría sería el loco Salinas.

“Todos se quedaron esperando y ya no hicieron nada para la edificación de Marina. Las barracas siguieron siendo chozas y los hombres se dedicaron a la pesca. Las mujeres ya no se fueron y el tiempo siguió su marcha. Un día el faro ya no se encendió y nadie averiguó por qué. Lentamente se fue desmoronando.

“Poca gente desde entonces se acercó a Marina y el camino que lleva hasta la ruta se fue echando a perder. Pero la de los que llegaron luego es otra historia; la de la fundación de Marina concluye aquí.”

II

3 cuentos

El viejo Vargas podría haber tenido cien, quinientos años. Sus arrugas eran un mapa del tiempo con los accidentes topográficos marcados a fuego. Solía estar sentado en la galería de la cantina del Turco, tallando una eterna ramita con un cuchillo desafilado, contando historias a cambio de un vaso de vino —y tanto los moradores de Marina como los muy ocasionales pasajeros se lo pagaban; los primeros para que otro hablara por ellos y los otros para enterarse de cosas que en realidad no les interesaban—, mascullando para sus adentros o buscando a Lucía una vez cada tanto. Era el personaje más locuaz de toda Marina. A veces se tornaba insoportable.

—Soy el más viejo —decía—; tengo la obligación de hablar. Todas las cosas inútiles que no se dicen de joven se pueden decir después. —Se reía. Su carcajeo se confundía con el graznido de las gaviotas y se transformaba en tos.— Si en todos lados se dieran cuenta de eso, las cosas irían mejor. Marina se mantiene en pie gracias a eso. Nadie se sorprende de nada, nadie pregunta nada, y las cosas siguen como tienen que ser...

Marina —lo dije antes— era un lugar agradable lugar para descansar donde nadie molestaba con impertinencias y el silencio se podía masticar sazonado con el rugido de las olas y con las voces de las aves marinas. Pero en ese Nirvana a veces se entrometía el viejo Vargas. Algunos de sus relatos solían ser interesantes, especialmente los que se referían a los puntos más sobresalientes de Marina. Pero tener que escucharlo cuando se ponía a hablar por hablar, para llenar el mutismo de la aldea con lo que él llamaba su “empresa metafísica para el mantenimiento de Marina”, era otra cosa. Le solía tender un trozo de pasta de tabaco, pero tenía la monstruosa virtud de poder

3 cuentos

seguir hablando mientras mascaba.

—...y las llamas descenderán de los Cielos como una granizada sangrienta y la...

Muy difícilmente hablaba de sí mismo. Resultaban sorprendentes, sin embargo, su lenguaje y actitudes, que no eran tan rústicos como cabía esperar.

Siempre que contaba sus relatos lloraba amargamente, sumergido en su soledad centenaria o en el sentimentalismo alcohólico. Era lo mismo; los habitantes de Marina nunca rompían su mutismo y lo escuchaban en silencio. ¡Quién sabe dónde se encontrará hoy, exiliado de su pueblito de pescadores! Lo único cierto es que carecerá de aquella corte de callados oyentes. En cualquier lugar que haya anclado no podrá recuperar lo que perdió en Marina. Todos hemos perdido algo con ella, y acaso para los ajenos lo peor haya sido encontrarla alguna vez. Pero hay uno que es el que más perdió.

A Ramón, otro de los habitantes del lugar, en el mundo de afuera lo hubieran llamado autista. En Marina era el Niño Ramón o sencillamente el Niño. Tendría unos diez años aproximadamente; su madre era Lucía y al padre nadie lo conocía a ciencia cierta. Los relatos del viejo Vargas —historias en las que nadie decía creer, pero que todos conocían y escuchaban— sostenían que

3 cuentos

había sido aquel curioso forastero sin nombre. Forastero; así se lo llamaba. Según las mentas, era la oveja negra de la estirpe de Caín: místico, creyente y piadoso. Despreciado por los suyos y por el mundo, habría arribado a Marina guiado por un demonio celeste —porque en el Paraíso también hay criaturas infernales— y habría engendrado al Niño en Lucía. Ella no lo negaba. Tampoco hubiera importado.

Por otra parte, el Niño Ramón había nacido libre del estigma de su padre —se afirmaba— gracias a la autoexpiación que éste practicó. Se decía que el Forastero estaba buscando constantemente su muerte, una puerta de salida de esa tortura que nadie conocía pero que todos suponían. Muchos lo habían visto arrojar desde los acantilados, precipitarse en las aguas saturadas de escollos y ascender por las rocas dejando atrás jirones de carne ensangrentada una y otra vez. Todos los habitantes de Marina lo hubieran jurado. Pero nadie lo creía.

Finalmente, un día el Forastero desapareció. Algunos aventuraron que había podido encontrar la muerte personal que lo libraba de las ajenas; otros, que se había internado en el mar, hacia el este. Estos últimos discutían acerca de si en definitiva había desaparecido o llegado a las costas de enfrente para proseguir con su búsqueda desesperada.

Quizá fuera por eso que el Niño —todas las tardes— se quedaba de pie en la playa, viendo cómo su sombra se prolongaba hasta el lejano horizonte levantino. Era en esos momentos cuando no prestaba atención a las voces de los cangrejos y de las aguavivas. Era en esos momentos cuando

3 cuentos

no disputaba con las gaviotas los restos de las almejas podridas al Sol. Se quedaba plantado en la costa hasta que la marea le lamía las rodillas —con los mocos chorreándole por la cara mugrienta y estúpida— y un lamento inhumano le brotaba de los labios.

Luego se echaba a correr por entre las dunas, aullando una risa bajo la luz de la Luna hasta el amanecer, en el que se quedaba dormido. Después, durante su vigilia, repetía los oráculos que le habían transmitido las aguavivas y los cangrejos: el anuncio de una tormenta, el de la muerte de alguien, el de una buena jornada de pesca...

Todos habían aprendido a seguir sus consejos. Era inútil preguntarle nada; no tenía —o no la demostraba— consciencia de lo que lo rodeaba. Se limitaba a desgranar lo que escuchaba de sus “amigos” según lo captaba, en el instante más inopinado. Por eso siempre estaban cerca de él dos personas de Marina para registrar sus profecías.

Así había sido desde que comenzara a hablar, día tras día, año tras año. Durante todo ese tiempo ningún pescador había muerto en una tormenta a menos que el Niño lo hubiera anunciado (y de nada valía que el desdichado se abstuviera de embarcarse en esa oportunidad: aun en la precaria seguridad de su casilla la Huesuda lo alcanzaba y al día siguiente lo encontraban tirado sobre el piso, con los ojos abiertos, hinchado y con los pulmones repletos de agua salada).

3 cuentos

Pero para la época de mi última visita los pobladores estaban conmocionados. Hacía un mes —desde que pronunciara la Maldición de Marina— que el Niño no hablaba y todos esperaban una catástrofe. Lo veían sentado sobre la arena, con la mirada fija en el levante, y se persignaban al tiempo que bisbiseaban alguna oración innominable.

La Lucía —como la nombraban en Marina— recorría la playa de noche y de día. Era una beldad cobriza de andar lánguido y sinuoso. Pero esa lasitud trasuntaba pasión contenida. Era imposible verla sin sentir el latir de la sangre que golpeteaba en las sienes, sin imaginar una lujuriosa noche tropical de cuerpos sudorosos y entrelazados. De hecho, incluso los varones mejor casados de Marina solían compartir su lecho a sabiendas de las cónyuges. Más de una hubiera deseado estar en el mismo lugar y pocos dudaban de que alguna que otra llegó a hacerlo.

Sin embargo, no era una experiencia muy gratificante. Era como estar a punto de tocar el Cielo con las manos y cerrar los dedos sobre las púas de un erizo; sentir la fiebre sensual que consumía hasta la última fibra del propio cuerpo, hasta la última partícula de consciencia, y ver sus ojos pardos clavados en algo que estaba más allá —ausentes, ajenos—, mientras su cuerpo se limitaba a responder ante los estímulos. Luego el orgasmo, el clímax que se tornaba insípido frente a su falta de interés, y ella se retiraba en busca de lo que nadie más sabía, a recorrer de arriba abajo una vez más la playa de arena blancoamarillenta.

3 cuentos

Nunca nadie preguntó en voz alta cuál sería esa meta tan anhelada. Pero era algo que todos hubieran deseado saber. Porque resultaba imposible sentir la proximidad de su cuerpo sin experimentar excitación —aun cuando se supiera que se saldría defraudado— y cualquiera hubiera vendido su alma al Diablo con tal de poseer completamente a Lucía: jóvenes ansiosos por la primera experiencia, adultos fogosos y ancianos que no aceptaban su decadencia.

No dejaba de resultar sorprendente que su único hijo fuera Ramón. Pero también era curioso que uno de los pocos hombres que no la habían buscado —casi podría decirse que el único— fue el Forastero. El viejo Vargas lo contaba de vez en vez, cuando comenzaban a aumentar sus apetitos y necesitaba recordar aquellos muslos firmes y esos pechos turgentes hasta que la imagen se le hacía insoportable y corría a buscarla.

—El Forastero seguía saltando desde el acantilado. Nunca se hubiera cruzado con la Lucía. Ella siempre recorre la playa de la bahía. Pero en aquella ocasión fue hasta aquel lado y cuando el Forastero trepó una vez más por la pared de la barranca ahí la vio: bronceada, con la cabellera castaña al viento, con el Sol que le vertía destellos dorados sobre la piel.

“El Forastero la contempló. Alzó la vista y le recorrió las pantorrillas bien torneadas y las largas piernas. Adivinó esas nalgas perfectas en las curvas de las caderas. Posó los ojos en los pechos erguidos y engañosamente pequeños. Divisó el suave perfil de los hombros y el delgado cuello. Los labios carnosos en el rostro ovalado, debajo de la nariz menuda. Ella lo miraba sin pronunciar

3 cuentos

una palabra. Él tampoco lo hizo. Terminó el ascenso y se le acercó. Copularon sobre el pasto una sola vez, desapasionadamente. Luego el Forastero continuó saltando hacia los arrecifes y ella volvió a la bahía. Al poco tiempo él desapareció y la Lucía se encerró en su cabaña hasta que volvió a salir con el Niño Ramón, lo dejó con la viuda de González y siguió con sus paseos...

Y siguió con sus paseos, asediada por pobladores y esporádicos visitantes. Eran pocos los que no la perseguían directamente, al menos una vez, e incluso los que no lo hacían no desperdiciaban la oportunidad cuando se cruzaban con ella. Pero nunca buscó a nadie más, nunca más volvió a salir más allá de la playa de la rada. De tanto en tanto —cuando hasta la atmósfera del poblado me resultaba demasiado pesada y no hubiera podido evitar encontrarme con ella—, me alejaba y me sentaba junto a las ruinas del viejo faro, desde donde se solía arrojar el Forastero. Allí me preguntaba si él no sería lo que Lucía estaba buscando y si acaso ella era algo que él no quería encontrar.

Luego volvía a Marina. Una que otra vez deseé saber qué era lo que ella quería y poder brindárselo.

III

3 cuentos

La cabaña donde solía hospedarme no tenía más beneficios que el techo y una batea en la que lavaba mis ropas y me bañaba. Era una construcción desvencijada; las tablas de las paredes curvadas por la humedad dejaban pasar el aire libremente y el mobiliario se limitaba a lo que llevaba conmigo: la bolsa de dormir, algunas mudas de ropa.

Pero era cómoda. Me *resultaba* cómoda. Era el primer paso para curarme del ajetreo de la ciudad e instalarme en ella no me exigía trámites excesivos. Me limitaba con avisarle a alguno de los lugareños que pensaba pasar algunos días ahí y llevaba mis bultos. Después me iba y en paz. Nada de llave; nada de nada.

Durante los días que podía llegar a pasar en Marina no pedía ningún lujo que no fuera habitual para cualquiera de los otros habitantes. Después de todo, a Marina no se iba para disfrutar de comodidades costosas. Tampoco exigía nada a cambio. Entonces uno se limitaba a aceptar lo que le daba.

Para las comidas iba a lo de la viuda de González, la mujer que había cuidado al Niño Ramón. Era una vieja casi desdentada, que siempre estaba escarbándose los dos incisivos que le quedaban

3 cuentos

con una espina de pescado. A decir verdad, no es que fuera tan vieja sino que tenía un aspecto envejecido. Pero cocinaba bien y era bastante tratable, a pesar de su correspondiente parquedad.

Sin embargo, para pasar el día optaba por la cantina del Turco, sentado junto a una de las mesitas, con el destartado muelle a un costado y el resto de Marina al otro. En su galería invariablemente se podían escuchar las historias del viejo Vargas.

El ambiente invitaba a tomar *daiquiris*, pero no me gustan y en Marina no habrían sabido prepararlos. El Turco siempre tenía cervezas bien frías, en su punto. Había una suerte de ceremonia al escanciarla y estudiar los reflejos solares a trasluz mientras él —un hombrón con un inmenso bigotazo negro y de risa fácil, con una carcajada que parecía el retumbar de un trueno lejano— indefectiblemente pasaba un trapo sobre el mostrador siempre manchado por las moscas. Una vez cada tanto iba a la ciudad y traía mercaderías, toda la actividad comercial externa del caserío. Era uno de los pocos que abandonaba Marina de cuando en cuando.

Era agradable distenderse en la crujiente silla con el fondo del monólogo casi continuo del viejo Vargas y observar el paisaje indiferente: el mar perpetuo, el viento inasible, la azul inmensidad del cielo. Y la gente de afuera.

3 cuentos

Cada verano —aparte de mí— solía aparecer algún viajero que hollaba Marina fugazmente. Siempre eran personajes especiales.

El último visitante había sido el Santón. Apareció un día canicular con una túnica apenas entrevista entre colgantes con todo tipo de símbolos religiosos y cabalísticos. No hacía proselitismo directo, persona por persona. Predicaba mientras caminaba de aquí para allá, a voz en cuello, sermoneando acerca del próximo fin del universo. Sus exhortaciones al arrepentimiento y a la contrición se suspendieron cuando se cruzó con Lucía. Creo que la experiencia le hizo mal. Después se topó con los Pozos y se impresionó. Dejó Marina gritando que eran las huellas de la Bestia.

La última vez que se lo vio estaba en la playa flagelándose con una ova arrastrada por la resaca. Fue una lástima; su apostolado no arrojó ningún converso.

Los Pozos —por supuesto— no eran las marcas de las pisadas de ninguna Bestia. Provenían del verano anterior, de cuando vino el Arqueólogo. Había llegado cargado con una tienda de campaña y todo un equipo de instrumentos: picos, palas, teodolito. Se pasaba días enteros días enteros cavando en la arena seca de los faldeos de las dunas.

3 cuentos

Tenía la paciencia de una hormiga; eso era loable. Con cada palada se deslizaba en el hueco el doble de cantidad de arena, pero finalmente conseguía completar una cavidad del tamaño de una trampa para elefantes que abandonaba sin rellenar.

Una vez me acerqué hasta él, que seguía trabajando. Asomó la cabeza fuera del pozo, todo transpirado, y le alcancé una cerveza. A manera de agradecimiento me dio una explicación que nadie le pedía.

—Estoy buscando un enterramiento vikingo —sonrió tímidamente.

—Ah —contesté tratando de parecer interesado.

—En algún lugar de estas playas, estoy seguro, hay un barco vikingo enterrado en una ceremonia fúnebre.

—No pierda tiempo entonces —le dije—. Tiene unos cuantos kilómetros de costa.

Asintió. Me devolvió la botella, eructó y siguió cavando.

Los lugareños tenían miedo de que se topara con la tumba del joven Valdez, que ya nadie recordaba dónde estaba. Los asustaba la idea de una profanación. Pero eso no llegó a ocurrir. Al

3 cuentos

poco tiempo el Arqueólogo se cansó o se dio por vencido y se dedicó a perseguir gaviotas a cascotazos. Sus excavaciones se limitaron a la búsqueda de almejas.

Un día se fue y los restos de los zanjones más grandes se pudieron ver incluso hasta después de que toda esta historia terminara, apenas cubiertos de nuevo por la arena, como si la Naturaleza hubiera encontrado divertida aquella actitud humana. O acaso sencillamente por la propia estupidez de la misma.

Pero me estoy apartando del asunto, como si quisiera demorar lo que ya sucedió. La cuestión estaba lejos de mí o de lo que vivía en mis visitas a Marina. En la ocasión de mi última estancia, no había ningún otro turista. El Turco estaba fregando mecánicamente el mostrador, como de costumbre, pero había algo singular en su actitud. Lo mismo sucedía con todos los demás. No tardé mucho en enterarme de la Maldición de Marina.

Habías pasado cerca del Niño, como tantas otras veces, cuando pronunció sus últimas palabras: “De la inconclusión de Marina germinó una pregunta que la destruirá por el hielo y el fuego para liberar al heredero de Valdez”.

3 cuentos

Resultaba increíble que Ramón hubiera soltado semejante pieza de oratoria. Pero en Marina lo grotesco era norma y después de tanto tiempo pasado en ese lugar yo tampoco era capaz de sorprenderme. En todo caso podía tratarse de una licencia poética del viejo Vargas, pero lo único cierto era que desde aquel momento el Niño Ramón había enmudecido y los habitantes de Marina se veían temerosos.

IV

El silencio de Marina se había convertido en tensa expectativa. El aire mismo parecía ser un frágil cristal a punto de romperse. Súbitamente me di cuenta de que también estaba involucrado. Inadvertidamente me había ido convirtiendo en uno más de Marina. Lo que estuviera por suceder también me afectaría. Hice lo que los otros: esperé.

Los siguientes días se volvieron rutinarios. Los pescadores salían con sus barcas por la mañana. Quienes seguían al Niño Ramón continuaban con él con la esperanza de que rompiera su mutismo. La permanencia en la cantina del Turco ya no era un fin sino un pretexto. Los instantes en los que iba a comer a la casa de la viuda de González eran un alivio para aquella guardia desgastante.

3 cuentos

Incluso las gaviotas parecían estar suspendidas siempre en el mismo punto del aire, inmóviles. Todo el lugar aguardaba. No se sabía qué, pero se aguardaba.

Me acostumbré a dirigirme hacia las ruinas del faro a la hora del ocaso. Lejos y abajo se alcanzaba a distinguir el poblado como si fuera un mapa miniado: las rústicas casillas, los botes que volvían, la solitaria figura de Lucía inmersa en sus vagabundeos, el minúsculo punto que era Ramón sentado en una duna y las siluetas de sus dos custodios.

Viendo las piedras desmoronadas del faro me preguntaba si en verdad el tuerto Odilio se había enclaustrado en él. No dejaba de pensar qué habría sido de Marina si su plan original se hubiese llevado a cabo. ¿Habrían existido los personajes que discurrían por ella o hubieran surgido en algún otro lugar oculto y desconocido?

Pero no había otro lugar. Por lo menos en ese entonces. Se estaba en Marina y eso era todo lo que existía. Había momentos en los que el mundo exterior me parecía el recuerdo fragmentario del argumento de algún libro que había leído y olvidado parcialmente. Cuando regresaba a él, lo mismo me pasaba con Marina.

3 cuentos

En aquellos últimos días te observé con más atención. Estabas tenso como una cuerda de violín. Cuando veías a Lucía, por ejemplo, eras uno de los pocos en los que afloraba una expresión de lástima en la mirada. Lástima por ella y por los demás. Siempre había sido así. Pero ahora la pena era mayor, casi palpable. ¿Qué sería de ella y de los otros si algo le sucedía a Marina? No tenías respuestas. Yo tampoco, y por eso te entendía.

Te ocupabas de tus cosas como si esos pequeños gestos cotidianos hubiesen sido capaces de sostener un precario orden que se tambaleaba. Mirabas hacia el mar, más allá de la boca de la rada. De cuando en cuando tu mirada se cruzaba con la mía. No hacía falta que nos dijéramos nada. Ambos sabíamos e intuíamos más de lo que hubiéramos deseado. Tu extrañamiento con Marina y mi mimetización con ella —ambos inacabados, los dos a medias— se entrecruzaban en un intrincado diseño que no podíamos llegar a descifrar pero que nos hermanaba. Sólo cabía aguardar mientras aquello que San Agustín entendía, hasta que lo tenía que explicar, seguía fluyendo.

El crepúsculo llegó a Marina con un velero blanco como la espuma sobre las verdes olas, que se deslizó hacia el muelle —a través de la boca de la bahía— con la gracia de una tonina. En el espejo de popa —se lo sabía sin necesidad de verlo— la inscripción rezaba *Surt*. Había sido una tarde soleada, cálida.

3 cuentos

—¡La puta! —gruñó el Turco. Podría haber sido por la botella de cerveza que se resbaló de entre las manos. O quizá el accidente y la exclamación fueron simultáneos. Nadie lo habría podido adivinar por la expresión de su rostro.

Vos estabas en el muelle, con las trampas para langostas. Viste la llegada del velero. Te arrojaron un cabo y ayudaste con las maniobras de amarre. Las velas aletearon con un leve gemido antes de caer. La cerveza del último sorbo estaba caliente. Creo que ya nunca volveré a Marina, pensé.

Ellos bajaron de la embarcación. Eran dos. Un hombre y una mujer. La brisa costanera trajo algunos fragmentos de conversación desde el muelle. “Osvaldo”, te presentaste. Liria y Bruno eran sus nombres. Ella era blanca como una flor con una guirnalda de oro por cabellera. De ojos grises. Hermosa hasta el punto de que cualquiera que la veía caía en cuenta de haber estado solo toda la vida. Él, en cambio, era moreno y su mirada le recordaba a todos que ella estaba acompañada. Pero no es ése el término correcto. ¿Ocupada, tal vez? De cualquier forma se advertía que la consideraba de su propiedad.

Los tres se acercaron por el muelle de madera. Había un brillo extraño en tus ojos. Llegaron hasta la cantina del Turco. Querían comprar algunas provisiones. Bruno no me causó muy buena impresión. Un tipo frío y sombrío; estridente, gritón. Más apropiado para una ciudad enloquecida que para un lugar como Marina. Se fijó en mí.

3 cuentos

—¿Usted es de afuera?

—Se puede decir —asentí. Me producía el mismo efecto que los militares de escritorio, los intelectuales de salón, los fanáticos religiosos hipócritas y los políticos que creen en sus propias mentiras: náuseas.

—¿Cómo puede soportar un páramo como éste?

Me encogí de hombros. —Basta con no ser insoportable para el lugar.

No captó la indirecta. Una corvina muerta por asfixia hubiera sido más perspicaz.

En ese momento se dio vuelta y no vio a la mujer. Vos tampoco estabas. “¿Dónde está Liria?”, preguntó.

—Me parece que se fue para allá —señalé. No sé por qué lo hice. Ustedes habían salido en la otra dirección. Para aquel lado sólo había pasado Lucía.

3 cuentos

Bruno volvió poco después de que ustedes regresaran. Vos no estabas. Habías ido a asegurar tu bote porque nubes de tormenta estaban cubriendo el firmamento. En su mirada había furia y las rayas de un arañazo le cruzaban la mejilla izquierda. No era precisamente una marca producto de la pasión, creo. Supongo que por una única vez Lucía se había negado y creo saber por qué.

Liria miraba hacia el mar oscurecido. Estaba radiante.

—¿Dónde estuviste? —le preguntó Bruno.

—Paseando por la playa. —Podría no haberle contestado. No estaba interesado en escuchar.

—¡Vamos al barco! —Y la tomó del brazo.

No me gusta presenciar discusiones. Di media vuelta y me dirigí hacia la punta del faro. Tenía ganas de observar la tormenta desde los acantilados. Pasé por mi cabaña y tomé un abrigo. Estaba refrescando bastante.

Llegué arriba junto con la tempestad. El viento me sacudió pero no me quería mover de ahí. No podía. Ante mi vista se extendía la bahía con cabrillas encrespadas bajo las primeras sombras de

3 cuentos

la noche.

Vi todos los sucesos como si hubiera estado directamente ahí, no en el risco lejano. Vi que se soltaban las amarras del *Surt*, que era arrastrado por el viento hacia mar abierto. Lo vi chocar contra la barra cercana a la boca de la rada; lo vi escorar y deshacerse mientras se volcaba. Me estremecí. Vi que el Niño Ramón abandonaba la playa ante el asombro de sus vigilantes y se internaba en el mar. Y vi —juro que lo vi— que las olas lo transportaban sobre un banco de espuma mar adentro, mientras se reía con el timbre más alegre y cantarín que haya oído nunca. Hacia dónde, no lo sé. Pero si me lo preguntan diría que partió en busca de su padre.

Volví a estremecerme, aterido, y te vi corriendo hacia el muelle con la vista clavada en los pálidos pecios. Claramente escuché tu grito, que ahogó el clamor de la tormenta con un por qué angustioso que resonó en la bahía.

—¿Por qué?

Y en ese momento brotaron las llamas en Marina. No sabría decir si fue el grito lo que las desató o si era innecesario que la pregunta fuera formulada para que eso sucediera. En aquellos instantes sólo era un testigo, y vi cómo los habitantes de Marina huían del incendio incontenible y se perdían en la noche para no regresar.

3 cuentos

Luego la tormenta fue amainando y subiste hasta el faro. No me viste y no te llamé. Me quedé observándote bajo el rojo resplandor del fuego hasta el instante en que te encaminaste hacia el sur, pensando en cosas que ya no podía adivinar.

Supongo que habrá un motivo por el que no te llamé y por el que no te dije que los restos del velero no eran nada. Supongo que existirá alguna razón por la que no te avisé que Liria y Bruno se habían encaminado hacia el oeste antes que empezara la tempestad. Acaso sea que los mortales no deben mezclarse con los dioses, que lo vulgar no debe juntarse con lo noble. O quizá haya sido tan sólo el resultado de algún mezquino sentimiento humano, de esos que hacen que las cosas más intrascendentes se vuelvan importantes y groseras las sublimes. No sé si finalmente la habrás vuelto a encontrar en algún lugar del mundo. Lo único cierto, en definitiva, es que ya no quedan más interrogantes que perturben el silencio de Marina y que el mar, desde entonces, sigue palpitando junto a sus ruinas olvidadas.

© 1989, Santiago Oviedo

Bajo el signo del Toro

*Toda verdad es curva
y el tiempo mismo es un círculo.*
(Nietzsche)

I

—Tengo frío.

Y a mí qué mierda me importa, pensé. Andá y entregáte, estuve a punto de decirle. Tendría que haber seguido vigilando. En vez de eso, me quité la campera y se la eché sobre los hombros.

3 cuentos

Ahora era yo el que tenía frío.

Para colmo, algunas nubes fugaces solían velar la luna. Sin embargo, no hacía falta luz para verlos venir. Eran los nuevos amos y nada les preocupaba. Casi ni se molestaban en salir de noche; se contentaban con organizar batidas durante el día. Tenían todo el tiempo del mundo. Habían ganado. Incluso hubo quien dijo que no eran varios sino uno solo. Daba lo mismo.

—No podemos seguir escapando todo el tiempo —dijo ella.

—No. Pero si somos los últimos que quedamos quizá no nos destruyan. —Después de todo, habíamos hecho lo mismo con los últimos cultivos de viruela y con algunas especies en vías de extinción.

—¿En serio lo creés?

Hubo una pausa que no pude evitar.

—No.

Pero algo me compelmía a seguir haciéndolo, así como a vigilar el camino. Sin embargo, había dejado de lado lo último y todo me tomó por sorpresa.

3 cuentos

Sentí un chasquido tenue pero inconfundible. Ella se incorporó de golpe —asus-tada— y se desintegró ante mis ojos. Me volví, pero no alcancé a ver otra cosa que un fogonazo y recibí un golpe en la frente que me arrojó hacia atrás.

Caigo. Caigo a través de las esferas de los mundos de los sueños y de las pesadillas —no pueden ser otra cosa— como un puñado de moléculas dispersas. Sé que todo es falso, irreal, pero eso no me impide que siga viviendo estas escenas como auténticas. En cierto modo, ellas son mi única verdad.

La esencia de mi no-ser se desploma como tenues motas de polvo sobre la llanura de un campo de batalla abandonado. Soy mi amigo y mi enemigo. Soy blanco y soy negro. Luz y sombra. Sé que se trata de un instante decisivo y que no hay forma de echarse atrás. Mi Yo se entrelaza y se bifurca. Renazco a la percepción.

Un aparatoso insecto metálico —mezcla de escarabajo y de escorpión— se me abalanza por sobre la arena crepitante. Eludo su aguijón pero no puedo evitar el latigazo de su cola, que me despide a unos treinta o cuarenta metros.

Me reincorporo aún atontado, esperando el inminente golpe final.

3 cuentos

No sucede nada. Mi visión se acomoda y veo que el cascarudo se aleja sin prestarme mayor atención. Me echo a andar en dirección contraria y al poco tiempo tengo el cuerpo cubierto por ríos continuos de transpiración. El suelo cruje bajo las plantas de mis pies y el aire del horizonte ríela sin pausa bajo un cielo de plomo fundido.

El sol ya está bajo cuando alcanzo a divisar a lo lejos la silueta de una ciudad y apuro el paso.

II

La ciudad era mezcla de castillo y rascacielos: gruesos muros y construcciones evanescentes; esplendor que brotaba de los desperdicios.

Me aproximé a una de sus abiertas puertas dobles —de madera oscura con listones de bronce, recamadas con piedras preciosas, con bueyes alados a sus costados—, que ostentaba una inscripción sobre su arcada. Los signos estaban borrosos y no pude distinguirlos.

Entré.

3 cuentos

Era la calle del mercado. Colorida. Bulliciosa. Como Bagdad o El Cairo. A un lado, bajo unos cerezos en flor, varias personas copulaban haciendo gala de todas las variantes posibles mientras los curiosos los observaban sin mayor interés. Los comerciantes voceaban sus productos. Aromas extraños —perfumes, materias descompuestas— herían mis fosas nasales. Infinidad de teas iluminaban el curioso espectáculo nocturno.

Una anciana decrepita apareció a mi costado.

—¿Dónde está tu alma? ¿Dónde está tu bolsa?

—Soy extranjero. No sé de qué me habla —atiné a decir.

Su rostro mostró preocupación.

—¡Oh! Tenés que hacer algo. No podés quedarte así si querés permanecer en la ciudad durante el día. ¿Ves aquel hombre? —Un poderoso, a todas luces, que acarreaba trabajosamente un pesado bulto.— ¿Sabés qué lleva ahí adentro? Él es famoso e importante. Lleva un feto. Un aborto. Pero no es el de su amante. Es su alma. Y todas las otras que pudo comprar.

No entendía nada de aquello. Menos cuando insistió en que no podía quedarme ahí durante todo el día.

3 cuentos

—¿Por qué?

—Porque los Muertos deambulan por las calles.

Sin que me hubiera dado cuenta, me había ido arrastrando hacia unas callejuelas laterales. Temí que se tratara de una trampa. Esperé que aparecieran repentinamente algunos ladrones emboscados con intenciones de robarme. Aunque no sabía qué.

La mendiga se detuvo y suspiró.

—Tenés que recuperar tu alma. O unirte a nosotros.

—¿Y si no?

—Los Muertos.

Aquello ya era demasiado. Me estaba desbordando.

3 cuentos

—Perdón. No entiendo nada. Como le dije, soy extranjero. No sé dónde estoy. No sé qué es esto.
—Con un ademán abarqué el entorno.

La vieja parecía asustada. Estaba comenzando a clarear. Me tomó del brazo y me arrastró mientras decía:

—Está bien, séguime. Rápido.

Hubo algo en el tono de su voz que me hizo apresurar. Avanzamos por aquel laberinto de callejones y se nos fueron uniendo otros zaparrastrosos. Llegamos hasta una oquedad que se abría en el suelo, donde unos escalones toscamente labrados descendían hacia la oscuridad detrás de una reja de hierro. Con curiosa disciplina, aquellas personas fueron bajando una por una. En silencio; rápidamente. La vieja me seguía arrastrando.

Terminamos en algo que parecía ser una cloaca. Una fuerte corriente me cubría los tobillos, espesa y maloliente. Mis acompañantes se sentaron recostados contra las paredes del túnel e hice lo mismo. Ahora la fetidez estaba más cerca de mis fosas nasales. Más presente.

En esa situación mi mente se desconectó. Creo que fueron demasiadas cosas para tan poco tiempo: la fuga y el ataque, el desierto y el escarabajo; la ciudad. Sentía, pero no podía actuar. Una rata se encaramó sobre mi rodilla derecha, me miró y luego se fue a buscar nuevos horizontes.

3 cuentos

Una mano se metió en mi entrepierna. Era la vieja. Empezó a masturbarme con una mano áspera y arrugada. La dejé hacer. Lento. Con algo así como una especie de cariño. Sobre nuestras cabezas estaba la rejilla de una boca de tormenta por la que se filtraba la luz de un nuevo día. Se oyeron unos pasos. Todos los ojos se volvieron hacia arriba menos los míos, que estaban clavados en la nada. Acabé. Luego de eso no recuerdo más.

III

Aquello era diferente: había olor a mujer; sentí finas telas bajo mi cuerpo, que yacía sobre algo blando. Abrí los ojos. Desde un rincón —iluminada por el estremecido resplandor de una lámpara de aceite— una beldad de ojos oscuros y de largos cabellos negros me observaba con atención. Las joyas que la adornaban y la figura que se adivinaba bajo sus vestiduras traslúcidas no podían desmentir su condición de hetaira.

No me preocupó. Antes bien: la deseé.

—¿Dónde estoy? —pregunté.

3 cuentos

—En mi casa. Te encontraron en la calle. Abandonado. Desnudo. Es increíble pero parece que pasaste toda la mañana al aire libre. ¿Cómo es que los Muertos no te hicieron nada?

Otra vez los Muertos. Era la misma ciudad. No se trataba de una pesadilla. O acaso era otra escena de la misma.

Estuve a punto de levantarme pero recordé que estaba desnudo, cubierto sólo por las sábanas. Miré a la muchacha. Rogué por que las mantas ocultaran el bulto que estaba creciendo debajo de ellas. Repetí mi cantilena.

—Soy extranjero. No sé dónde estoy, ni cómo llegué aquí.

Se acercó y se sentó a mi lado, sobre la cama. Me tocó la frente.

—No tenés fiebre —dijo—. Esta ciudad es *la* Ciudad. Es tu Paraíso o tu Infierno, como prefieras. De día, los Muertos pueblan las calles y cualquiera que no lo sea debe huir para conservar su vida, o tenerla asegurada desde antes. —Aferró una bolsita que colgaba de su cuello.— Ésta es mi alma. Sin ella no estaría a salvo en la calle mientras el sol alumbra y tendría que esconderme como los Mendigos. Pero a vos no te encontraron nada encima. ¿Cómo pudiste sobrevivir a los Muertos sin un alma?

3 cuentos

—No sé. Nunca supe que uno pudiera llevar su alma embolsada. Llegué anoche y una mendiga me hizo que la siguiera cuando estaba por amanecer. Fuimos a una cloaca con otros pordioseros y después de aquello no recuerdo nada más. —Eso fue todo lo que le dije. Algo me impidió contarle la escena de la alcantarilla.

—¿Una mendiga? ¿Cómo era?

Se la describí: —Encorvada. Envuelta en un manto gris sucio de cuyo rebozo sobresalían tres o cuatro mechones de cabellos desteñidos. Desdentada a no ser por un incisivo. Sarmentosa. ¿Por qué?

—Por nada. —Su mirada decía otra cosa, pero no le pregunté más. No pronuncié ni una palabra y nos quedamos mirándonos. Sentí que la sangre circulaba por mis venas como una tropilla de caballos salvajes en estampida. Había atravesado por muchas cosas extrañas y necesitaba sentirme vivo. Le coloqué una mano sobre el seno izquierdo y noté que su corazón estaba tan agitado como el mío.

Nos abrazamos, enredados entre las sábanas, enlazados como arañas enloquecidas. Sentí cómo su lengua hurgaba en mi garganta; sentí el calor de su cuerpo, que se ensamblaba mágicamente con el mío. El universo se redujo a una habitación, a una cama, a un instante. Y explotó.

3 cuentos

Ahí estaba yo, doblado sobre el borde de la cama, vomitando bilis y una baba pastosa, sintiendo que mis entrañas se desgarraban como si estuviera padeciendo los peores efectos del exceso de alcohol. Pero también resultaba placentero. Era el orgasmo más intenso que recordaba haber vivido alguna vez: frenético, terrible. Extático.

Poco a poco todo volvió a su real dimensión. Más relajado, olí su perfume, que me recordaba especias exóticas. Nuestra piel parecía brillar opacando la trémula luz de la lámpara, pero luego me di cuenta de que era por los primeros resplandores de otro amanecer.

—Quiero que conozcas a alguien —me dijo. Se la veía preocupada. Protectora.

—Está bien. Cuando quieras.

—Pero los Muertos... No tenés tu alma.

—Si antes no me pasó nada —dije—, no veo por qué ahora sí.

No estaba muy convencida, pero adivinó que no me haría cambiar de opinión. Me alcanzó unas ropas y decidimos —decidí, en realidad— salir a la calle.

3 cuentos

IV

Cuando estuvimos afuera vi a los Muertos. Surgían por los cuatro costados de la ciudad. Descompuestos. Ciegos. Bamboleándose en su andar sin vida. Había pocos transeúntes, los cuales se escurrían temerosos mientras protegían las bolsas que colgaban de sus cuellos, las bolsas que llevaban entre los brazos.

Bajo la luz de la mañana, la ciudad no parecía tan impresionante. Las casas eran de adobe o de algo parecido blanqueado a la cal: idénticas, monótonas. Toda la escena se veía rutinaria: los Muertos rondaban, la gente se escabullía. Sólo de cuando en cuando algún mendigo que no había encontrado refugio era rodeado por aquellos cadáveres ambulantes: un ser harapiento con el espanto retratado en el rostro; incapaz de huir, incapaz de gritar. Luego el tumulto, la escena inenarrable que culminaba con un cuerpo hecho jirones en el medio de la acera empedrada mientras los Muertos proseguían su camino. Todo en medio de un silencio casi absoluto, de un silencio aterrador.

—Puede resultar trágico andar por las calles con las manos vacías —dijo ella y me miró. Yo no tenía nada en mis manos ni en el cuello, nada de lo que ellos llamaban alma. Pero los Muertos me ignoraban.

3 cuentos

Seguimos marchando hacia la parte alta de la ciudad. La edificación iba cambiando. Los materiales de construcción eran los mismos —barro y madera— pero los ornamentos eran cada vez más sofisticados, más recargados. Como una puta avejentada que se maquillara en exceso sin querer reconocer que su tiempo había pasado y que se negara a ser menos solicitada.

Era la parte más rica de la urbe. Y la más muerta. Los cadáveres se sentaban en los zaguanes para tomar sol, como si éste pudiera calentarles la sangre; los rostros carcomidos se volvían hacia el cielo, soñando quién sabe qué sueños de vida, qué sueños de muerte. Aquél era su lugar, su mundo, y demostraban que les pertenecía.

La muchacha me arrastró hacia una de las casas y nos internamos por pasillos lujosos y desiertos, saturados de un perfume dulzón. Candelabros de bronce arrojaban su luz sobre pesados tapices multicolores. Los muebles oscuros de los costados en penumbras semejaban monstruos prehistóricos listos para lanzarse al ataque.

Llegamos a una puerta maciza y ella llamó con unos golpes peculiares. Pasaron unos segundos hasta que el batiente se abrió escasamente y nos colamos por la abertura.

Ni bien terminamos de hacerlo se escuchó el portazo del cierre.

3 cuentos

V

Adentro sólo había una persona: aquel sujeto que arrastraba un pesado bulto, el que me había señalado la vieja. La habitación estaba lujosamente decorada: almohadones con bordados de hilo dorado, tapices, cofres abiertos repletos de joyas y el arcón oscuro del que no se apartaba demasiado. Sin dejar de mirarme, se dirigió a la muchacha.

—¿Por qué lo trajiste? Sabés bien que no me dedico a refugiar a los que no la tienen. —Estaba observando mi cuello desnudo.

—No es lo que pensás —le contestó—. Lo encontraron en la calle así como está, de día, y los Muertos no le prestaron atención. Incluso lo comprobé mientras veníamos hacia acá. —Hizo una pausa que no pude dejar de notar.— Dice que estuvo con la Vieja y también lo verifiqué.

Cuando dijo eso, la miró de inmediato. Algo en mi interior me advirtió que se refería a nuestro encuentro sexual e intuí que aquello no era del agrado del sujeto.

3 cuentos

Volvió a fijarse en mí.

—Así que con la Vieja... Sos extranjero, ¿no?

Le contesté que sí. Le referí lo poco que recordaba (algo me dijo que era menos que antes): el desierto, la caminata, los Mendigos y la Vieja. No pareció sorprenderse. Se sentó sobre unos almohadones que estaban dispuestos sobre el piso y nos invitó a que hiciéramos lo mismo. Un gato apareció a su costado y comenzó a acariciarlo. Era negro. No apartaba sus ojos de mi persona. Tampoco su dueño.

—Esta ciudad —dijo— era como cualquier otra. Luego vinieron los Muertos y todo cambió. Comenzaron a rondar de día y atacaban a todos los que no tenían alma. Al principio eran pocos y la gente no se preocupó demasiado. Sólo algunos comenzamos a comprar almas ajenas y eso acaso nos salvó. Los Muertos continuaron aumentando su número y cada vez era más riesgoso andar por las calles. Uno podía haber dejado olvidada el alma en su casa y debía robar la de otro o pagar las consecuencias. Por eso empezamos a llevarlas en colgantes, pulseras o paquetes que no podíamos abandonar. —Dejó de acariciar al gato y posó su mano sobre el baúl que tenía a su costado; un baúl pesado, recamado en joyas y con veinte cerrojos. No tenía que decirlo: yo sabía que contenía más de un alma y que seguramente ninguna le era propia.— Es increíble, ¡pero pesan tan poco! A veces es más engorroso el recipiente que el contenido.

3 cuentos

Entrecerró los ojos y se abandonó a sus pensamientos por unos instantes.

—Como te decía —continuó—: fue entonces cuando empezamos a vivir de noche. Las caravanas de las ciudades vecinas llegan al atardecer y se marchan antes del alba. No tenemos el riesgo de perder el intercambio comercial porque nuestra ciudad, de noche, ofrece placeres inigualables y todos quieren disfrutar de ellos a cambio de sus alimentos y bebidas, de sus telas y muebles.

“Además, aparte de placeres, también tenemos piedras preciosas. —Hundió sus pálidas y delgadas manos en un recipiente repleto de diamantes, rubíes y esmeraldas, y los desparramó como si se trataran de arena del desierto.— Pero hay algo que nos preocupa: qué es lo que va a pasar cuando los Muertos destruyan a todos los que no tienen alma. Tememos que se vuelvan contra nosotros, sin importar la cantidad que posea cada uno...

—¿No hay alguna manera de destruirlos? —pregunté. Casi de inmediato deseé haber permanecido callado. No se me estaba contando todo eso por nada.

—Había una viejísima leyenda que apenas recordaban nuestros ancestros. Hoy pocos la conocen. No sería la primera vez que nos visitan los Muertos. Quizá tampoco sea la última. Lo cierto es que en aquella oportunidad nuestros sabios descubrieron un medio para eliminarlos. Pero es un arma terrible. Absorbe energía del centro del planeta y la dispara contra el blanco. El que la usa es un puente por el que atraviesa esa energía y el problema es que la misma consume el espíritu de

3 cuentos

quien la maneja. Pensálo: estás atacando a los Muertos y al primer disparo te quedás sin alma. Pero... vos no la tenés, ¿no es así?

Era lo que me veía venir. Intenté una defensa: —Pero todos aquellos mendigos tampoco...

—Ellos vendieron o perdieron las suyas. Son las presas de los Muertos. Pero a vos te ignoran.

—¿Qué me pasaría si usara esa arma?

—No lo sé.

Lo observé unos segundos. Me fijé en el gato que en esos momentos bostezaba. Miré a la muchacha.

—Hay una cosa más —dijo él—: no la podés seguir viendo.

—¿Por qué? —pregunté irritado. No me caía simpático en absoluto.

—Estuviste con la Vieja. Por más que puedas soportar la reacción que te provoca ahora el acto sexual, después de aquello, serías un peligro para ella. En realidad, sos un peligro para todos. Consumís el alma de los que están cerca, como una esponja, pero sin quedarte con nada. Ésa es

3 cuentos

la verdadera consecuencia de un encuentro con la Vieja. Nadie querrá tener tratos con vos. Sólo los Mendigos. Y los Muertos. Pero ellos no son muy comunicativos que digamos.

Por un momento sólo se escuchó el ronroneo del gato: un motor que regulaba precisa, monótonamente.

—Creo que es mejor que te retirés —escuché.

Volví a mirar a la muchacha, que desde la presentación no había dicho nada. La deseaba. La deseaba terriblemente. Aun a pesar de la náusea y de los vómitos. Y sabía que ella también me deseaba. Pero no podía olvidar las imágenes de los cuerpos desgarrados por las uñas carcomidas y leprosas de los Muertos.

—¿Dónde está el arma? —pregunté.

—En el viejo templo de los tres pórticos. Bajo la piedra del altar —me contestó el hombre.

Salí hacia allí sin pronunciar otra palabra, sin mirar hacia atrás. No había nada que decir; las miradas estaban de más.

3 cuentos

VI

Había visto el templo de los tres pórticos cuando íbamos hacia la casa, así que ya conocía el camino. Era un edificio inmenso. Inmenso y abandonado. Un ligero resplandor se filtraba por unos elevados tragaluces y dejaba ver unas naves llenas de polvo y de inmundicias. Ninguno de los Muertos rondaba en su interior; lo rehuían. Ningún habitante de la ciudad lo había visitado en años; no les interesaba.

Las paredes estaban cubiertas por frisos desgastados y se apreciaban variadas esculturas: toros alados asirios, *labrys* cretenses —esas perturbadoras hachas de doble filo de aspecto taurino— y toroides. Todo parecía estar en función de ese animal y de aquella figura topológica. El bloque cúbico del ara tenía sus cuatro laterales ornados con el bajorrelieve de un anillo. Me acerqué y lo examiné.

“Debajo de la piedra del altar”, me había sido dicho. La empujé y sentí cómo se tensaban los músculos de mi espalda. Pero poco a poco fue cediendo. Abajo del bloque había una abertura poco profunda; en ella, una caja metálica. La abrí y ahí estaba el arma: parecía una pistola de juguete, de esas que arrojan chorritos de agua.

3 cuentos

La empuñé. No sabía bien qué hacer, pero una indefinible sensación de poder comenzó a embargarme en forma imperceptible. Afuera se escuchaban gritos aislados. La luz declinaba; los Muertos pronto comenzarían a retirarse. Salí del templo y busqué alguno. Por mi derecha se acercaba un grupo de cinco. Le apunté al más cercano. Disparé. Un cosquilleo me recorrió todo el cuerpo; vi luces de colores dentro de mi mente, escuché un estampido de silencio y luego todo se calmó.

El Muerto se había convertido en un charco gelatinoso que se evaporaba rápidamente en el medio de la calle. Los otros se aproximaban inexorables. Cerré los ojos. Percibí cómo pasaban junto a mí —sentí el aroma de sus perfumes mórbidos— sin prestarme mayor atención. Giré y le disparé a otro. Luego al siguiente. Y a los otros dos.

Corrí por las arterias de la ciudad, riendo como un enloquecido, aniquilando a los Muertos uno tras otro. Después me fui serenando. Estaba oscureciendo y ellos comenzaban a retirarse a través de una de las puertas de la ciudad. Eran millares que se retiraban encolumnados, alejándose hacia las montañas que se alzaban a dos horas de travesía.

Durante unos instantes me pareció que la empresa que me había echado sobre los hombros era demasiado grande para mí.

3 cuentos

Mientras tanto, por otra puerta de la ciudad —aquella que se abría en dirección opuesta a la que había visto mi arribo y que daba a un bosque de apariencia bucólica y refrescante— se aproximaban varias caravanas de camellos escamados. Eran los traficantes de otras ciudades que, apenas entraron, comenzaron a levantar sus tiendas en las calles principales de la ciudad, que lentamente comenzó a cobrar vida.

Pero la gente me rehuía. Quizá había esperado que me aclamasen como a un paladín, mas no sucedió nada de eso. No era que me despreciaran; antes bien, se los veía agradecidos. Pero me tenían miedo.

Recordé lo que el hombre de la mansión me había dicho acerca del encuentro con la Vieja. Decidí buscarla pero al poco tiempo me convencí de que era inútil; además, no sabía para qué quería encontrarla. No fue nada en particular sino que se trató de algo que surgió como un mensaje secreto, como un convencimiento preternatural, de que era inútil.

Opté por salir al desierto y sentarme en la arena, a pasos de la puerta con la inscripción borroneada. Me fijé en los guardianes y vi que —como ya lo había sospechado— eran toros alados y no bueyes, como pensara en un principio.

Provenientes de la ciudad se escuchaban los pregones de los comerciantes, el animado jolgorio de la gente, la música de los encantadores de serpientes... Me estremecí e intenté hacer oídos

3 cuentos

sordos. Estaba tratando de dormirme cuando sentí un ruido a mi costado.

Un paquete. Alguien me había arrojado un paquete desde las murallas de la ciudad, si bien no alcancé a distinguir quién lo tiró. Adentro del envoltorio había pan, queso y un solido botellón con vino. Recordé que hacía casi un día que no comía nada y en silencio agradecí a mi misterioso benefactor. Ya no me molestó el sonido que llegaba desde la urbe. Sentí como si el calor de aquel gentío me envolviera y abrigara. Suavemente, con una calma inusitada, me fui abandonando al sueño.

VII

A la mañana siguiente, la ciudad había vuelto a su desolación diurna: los Muertos rondaban y los habitantes estaban ocultos en sus refugios. Los pocos que se hallaban en la obligación de salir —sirvientes y mensajeros— cuidaban las mezquinas bolsitas de sus almas con el máximo de atención. Bajo el arco de la puerta me habían dejado más alimentos. Desayuné y recomencé la cacería.

3 cuentos

Fue todo un día de exterminio. Disfrutaba de la sensación el disparo del arma y no me causaba ningún rechazo el matar Muertos. Lentamente una idea se fue apoderando de mí: perseguirlos en sus cubiles, evitar que llegasen a la ciudad. Deseaba que las vidas de esas personas se normalizaran; pero había algo más: no sabía cómo me afectaría el seguir viviendo de limosnas, alejándome cada noche de mis semejantes, viviendo sólo con los Muertos.

Junto a la puerta, donde me habían dejado la comida la última vez, coloqué un gran trozo de tela que encontré en alguna parte y en su centro deposité el botellón de vino vacío y una jarra de agua. Espere que lo entendieran. Luego de aquello repetí lo que podía llegar a convertirse en una rutina asfixiante: eliminé Muertos hasta que se comenzaron a retirar y volvieron las caravanas, salí de la ciudad y me arrojaron otro envoltorio con alimentos desde las murallas. Hubiera jurado que fue la Vieja quien lo hizo; pero no importaba. Comí, dormí y al día siguiente me desperté poco después del amanecer.

Mi o mis benefactores me habían comprendido. Junto con mi desayuno, envueltas con la gran pieza de género, había provisiones para varios días.

Durante aquella jornada seguí aniquilando Muertos. Al atardecer, cuando comenzaron a reagruparse, cargué mi paquete de alimentos y los seguí. No los ataqué. Me limité a caminar junto

3 cuentos

a ellos, rumbo a las montañas. No me fijé si en la puerta que dejábamos atrás había alguna inscripción. Acaso sea algo que debo lamentar. Pero lo más probable es que no tenga sentido, pues fue algo que pasó y no puede volver a ser. Ya no puede cambiar; quizá no podía ser cambiado.

Marchamos bajo la luz de las estrellas. A nuestras espaldas se distinguía el cálido resplandor de la ciudad, apenas velado por la masa de las murallas. Poco a poco fui fusionándome con el tenue murmullo de los pasos de los Muertos. No podía dejar de observarlos detenidamente. No eran lo que parecían en la ciudad: ausentes, sin sentido. Producían la impresión de que existía una suerte de comunicación entre ellos, de que obedecían a algún designio inescrutable que uno no alcanzaba a captar. Como los mensajes de las ballenas. Como las danzas secretas de las abejas.

En medio de ese silencio cargado de voces secretas, comenzamos a trepar las estribaciones de las montañas. Parecía ser más difícil de lo que lo fue. Antes de lo esperado, ya habíamos llegado. Allí, entre los picos más altos, en lo profundo de las abras y en las cuevas, se extendía la Ciudad de los Muertos.

3 cuentos

Me quedé petrificado bajo la luz de la luna al observar lo que se extendía ante mi vista. Era algo impresionante, que ponía la piel de gallina: aquello era una réplica de la ciudad del desierto. Lógicamente, sin edificaciones y sin murallas. O quizá sí. Las montañas formaban un perímetro natural y cada puerto, cada caverna, ocupaba el mismo espacio ideal que el de los puntos más sobresalientes de la otra urbe. A decir verdad, uno se podía mover en aquel lugar como lo hubiera hecho en la metrópoli. (Desde donde yo estaba se podía ver el cráter de un volcán inactivo, en cuyo fondo la lava había sido erosionada por el tiempo y los elementos con la paciencia de los milenios para conformar un gigantesco y monstruoso anillo. Como en la ciudad, el ámbito de ese circo estaba desierto: era el templo.)

Y los Muertos... Estaban inmóviles, repitiendo hasta el cansancio incluso lo que nunca habían hecho; en silencio, pero comunicándose entre sí con esa profundidad que ningún otro ser podría lograr. O que no querría esforzarse para llegar a lograr.

En ciertos aspectos estaban más vivos que todos los otros. Eso lo comprobaría al amanecer.

Había pensado que antes del alba se encaminarían nuevamente hacia el valle, pero no fue así. Sin una sola palabra, a un tiempo, se pusieron en pie y comenzaron a marchar en dirección opuesta. Huían. Se desbandaban en grupos de distintos números. Por un momento me dije que mi misión

3 cuentos

estaba terminada. Luego descubrí que no.

Más allá del horizonte debían de existir otras ciudades, otras personas. Y hacia ahí caminaban los Muertos para exigirles el alma. Ellos, que no las necesitaban.

VIII

Cuando reaccioné, ya estaban lejos. Manoteé el arma y corrí hacia el grupo más cercano. Desde lo alto de un picacho, un halcón de alas plateadas observaba la escena; levantó vuelo y su sombra se recortó sobre el piso. Una de sus plumas metálicas se desprendió y cayó a tierra, clavándose como un cuchillo, mientras el sol desangraba brillos en su filo.

Troté por la estepa mientras pasaba la mañana, achicando la distancia entre cada una de mis presas. Apuntando y disparando (un cosquilleo me inundaba silenciosamente como en un orgasmo lento y controlado); corriendo. Gotas de transpiración descendían por mi frente como chorros de aceite hirviendo. Lamparones de sudor se formaban donde la ropa tocaba mi cuerpo. Ahora podía escuchar voces distantes: los gritos de alarma de los Muertos. Sólo eso. Pero sabía que también

3 cuentos

existían otras palabras que aún no podía escuchar. Palabras con las que se transmitían esos pensamientos que sólo en la muerte se pueden plasmar.

Llegó la noche y me detuve a descansar. Los Muertos hicieron lo mismo frente a mí. Desperdigados. No los veía, pero podía adivinarlo. Comí algo y me recosté. Una bandada de gigantescos murciélagos ocultó momentáneamente la luna. Un lobo aulló su soledad en el medio de la noche.

Poco antes del amanecer reemprendí el camino. Allá estaban: huían. Era en vano. Uno tras otro iban cayendo; morían una segunda muerte, una muerte extraña. Intentaban abrirse en abanico pero yo era más rápido. Quizá para aquel atardecer completara el trabajo. Después... Era mejor no pensar en eso.

En el horizonte se arremolinaban nubes de tormenta. Manadas de animales salvajes corrían por la estepa levantando polvaredas mientras buscaban un refugio. Los Muertos, no. Yo tampoco. No importaba lo que sucediera en el universo entero. Lo nuestro ya era personal, lo único que atraía nuestra atención. Ellos, perseguidos; yo, cazador. Ambos cumpliendo con sus roles en el juego de

3 cuentos

la vida y de la muerte.

Abandoné el fardo con provisiones para avanzar más rápidamente. Sentía una fiebre que no era física y que me impulsaba a seguir. Era como el frenesí que experimenté durante el primer día de matanza, pero más calculado, más racional. Uno, dos, tres, cuatro... Hasta diez y volver a comenzar. Que no parecieran tantos. Decirse que no es un crimen matar Muertos. Aun cuando sus gritos son cada vez más claros, más patéticos.

Y al anochecer estaba casi hecho. No me hacía falta mirar a través de la sangrienta luz del sol poniente para distinguir las siluetas de dos Muertos que trataban de alcanzar las primeras estribaciones de una serranía. Los dos últimos. Tenía la plena seguridad. Era un convencimiento interior. Preternatural. Y también sabía que los quería “vivos”. Especialmente después de que algunos de los últimos habían intentado una defensa. Todavía me dolía la pantorrilla en donde me había golpeado el guijarro que uno de ellos me arrojara.

Me fui acercando con precaución, lentamente. Me concentraba en no hacer ningún ruido. Algunas nubes veloces y desfleadas velaban de vez en vez el disco de la luna y el césped corto y mullido amortiguaba el sonido de mis pasos.

3 cuentos

Allí estaban, entre las rocas. No pude verlos pero alcancé a escuchar unos murmullos, aunque sin llegar a identificar los sonidos. Era la primera vez que captaba algo más que sus gritos. Efectué un paciente rodeo para tratar de tomarlos por detrás. Despacio. Casi evitando respirar.

Ahora sí podía verlos; uno estaba completamente de espaldas. Me adelanté. Más cerca. Cinco metros. Tres...

Un crujido súbito rompió el silencio. Bajo mi bota derecha quedó aplastado un escarabajo al que no había advertido. Uno de los Muertos —una mujer, que estaba un poco vuelta hacia mí— se levantó y amagó un ataque. O al menos eso me pareció.

Tuve que disparar. Y volví a hacerlo cuando el otro se dio vuelta: un impacto en el medio de su frente. Un impacto que también me arrojó hacia atrás —retrocediendo— al mismo tiempo que el hormigueo que me recorre el cuerpo se vuelve insoportable y se funde con los colores sin luz y con los silencios restallantes en una única y nueva sensación mientras voy olvidando todo lo que recordé en un instante casi inexistente. Y caigo. A través de las esferas de los sueños y de las pesadillas; en un anillo sin final.

© 1994, Santiago Oviedo

Las cuestas del Baldío

Dense prisa por favor que ya es hora
(T. S. Eliot)

Una figura humana es algo que se pierde fácilmente en la vasta soledad del yermo. No es sólo una cuestión de percepción sino que también afecta al individuo. Cualquiera puede sentirse anonadado frente a la inmensidad inculta y caer en la tentación de empequeñecerse más, incluso interiormente.

Pero no era el caso de Pedro Galván. Unos ojos que supiesen ver hubieran sido capaces de distinguirlo en el paisaje y en su fuero íntimo había demasiadas cosas para que pudiera

3 cuentos

condensárselas.

Apagó los últimos rescoldos de la hoguera y se dispuso a reemprender el camino. Otro día de búsqueda. Otro día que tal vez sólo trajera decepción o peligros insospechados.

Pero era necesario seguir. En alguna parte del páramo tenía que existir un refugio, el sitio para el nuevo inicio. Atrás sólo quedaban las Ruinas.

I

No había sido la guerra siempre anunciada, temida y esperada. Sencillamente la Naturaleza terminó sublevándose y la estupidez humana se encargó de hacer el resto.

Los agujeros de ozono de los polos se habían seguido ensanchando. El cáncer de piel, la esterilidad y las mutaciones se volvieron inevitables. La población mundial disminuyó, pero también mermaron las fuentes de alimentos y el hambre continuó siendo una amenaza latente. Por suerte —para decirlo de algún modo— el problema de la radiación ultravioleta tuvo una solución

3 cuentos

momentánea: las plantas industriales que sobrevivieron a la crisis económica que coincidió con aquella situación siguieron produciendo y las nubes de monóxido de carbono y de sulfuro de hidrógeno cubrieron la Tierra trayendo el efecto invernadero. Y la lluvia ácida.

Luego se agotaron los combustibles fósiles y hubo que buscar nuevas formas de energía. No obstante, la geotérmica, la hidráulica y otras alternativas no resultaron suficientes. Buenos Aires se mantenía gracias a las variaciones en los gradientes de temperatura del Río de la Plata. Las reacciones químicas entre los distintos contaminantes disueltos en el agua habían hecho que el proceso hidrotérmico alcanzara niveles aceptables de rendimiento y los productores de electricidad se convirtieron en los nuevos amos. Los escasos núcleos de tecnología remanentes que podían comprarla se transformaron en sus feudatarios. Los Estados desaparecieron. Sólo la iniciativa privada conservaba cierto visaje de orden, limitado a parcelas individuales, para beneficio de unos pocos.

Al poco tiempo sucedió lo inevitable y los pequeños señores comenzaron a batallar entre sí a través de las redes informáticas y las autopistas de datos. Surgió entonces un nuevo grupo de gente: el de los guerreros libres, aquellos que sabían cómo infiltrarse en sistemas ajenos. Mercenarios que se ponían al servicio de alguien más poderoso. Ofrecer el código de seguridad de la base de datos personal equivalía a someterse a quien brindaba protección pero al mismo tiempo tenía dominio absoluto sobre uno. Hasta que se lo podía suplantar. O hasta que lo arrastraba en la caída producida por otro más hábil. O más fuerte.

3 cuentos

Galván miró el monitor vacío. Estaba seguro de haber aniquilado al atacante; pero el sistema del bastión también había sido destruido. Se acercó a la ventana. Las hordas de la calle seguían momentáneamente contenidas por los elementos de defensa autónomos. Una lucha en dos frentes: las masas sumergidas en la barbarie y los señores de los Reductos.

La Segunda Edad Oscura. Pero ésta era auténtica. Desesperanzada. Sin una fe viva que pudiera preanunciar un Renacimiento. Sin nada que pudiera darle importancia a la palabra Hombre.

Revisó las notas de su protector muerto por una sobrecarga durante el ataque, con el cerebro calcinado a través del casco electroneural que le permitía luchar en un campo de batalla virtual. Las últimas proyecciones indicaban que un setenta por ciento de los sobrevivientes del complejo se uniría a las hordas. Y eso había sido tres horas antes de que Galván pudiera acceder a una terminal operativa y consiguiera evitar el colapso total.

Para ese entonces, el invasor ya había entrado al rígido. Sólo le quedó la opción de jugar el rol del ratón y tratar de escapar del gato que lo corría por las intrincadas ramas del árbol de directorios. Mientras intentaba recuperar sus propios archivos, borró un maestro y generó la imagen fantasma de una copia de seguridad. Cuando el virus asesino se abalanzó sobre ella para violarla, el programa suicida que se ocultaba detrás contragolpeó en el sistema del intruso y consiguió

3 cuentos

anularlo. Pero ya era tarde. En el complejo sólo podía contar con él. El resto estaba desmoralizado y a punto de desbandarse.

Una parte de su mente lo empujaba al olvido, a la inacción. Pero los años de instrucción (y el instinto de supervivencia) le impedían rendirse.

Analizó sus recursos y opciones de retirada. Los Túneles lo alejarían del edificio agonizante que atraía a los depredadores. Luego todo dependía del azar y de lo acertado de su elección.

Había poco para escoger. Unos baluartes con los que existía una relación aceptablemente buena (pero debilitados ante la caída de la fortaleza propia) y unas zonas inidentificables muy al sur o al norte de la vieja ciudad. Lejos. Extremadamente lejos. En los confines del Baldío.

Pero también inmediatamente al oeste había algo enigmático.

Optó, en consecuencia, por lo último. Tomó un equipo de emergencia —una unidad portátil, raciones Q y los pertrechos que pudo cargar— y se encaminó hacia una de las salidas de escape. Al pasar por su cabina sólo recogió un pañuelo de cuello azul que colgaba de un crucifijo de madera al que dejó en la pared. Él ya llevaba su cruz. Llevaba un cementerio. Un vía crucis que pesaba tanto como la existencia y para el que no hacían falta símbolos.

3 cuentos

II

El coche de baterías eléctricas lo había llevado hasta el extremo de los Túneles, en los límites de la ciudad. Era de noche y la llovizna se había vuelto más intensa, por lo que aprovechó para escabullirse por entre las Ruinas. En un par de oportunidades divisó alguna sombra furtiva que se alejaba presurosa y él también cambió de rumbo. A la altura del Camino del Buen Ayre, sin embargo, tuvo que aguardar bajo un puente semiderruido hasta que terminó de pasar una turba abigarrada y numerosa.

Estaba demasiado cerca del Borde para permitirse un enfrentamiento. La cantidad de criaturas vivas —humanos animalizados y mutantes— era muy grande en ese sitio. Cualquier sonido de lucha los atraería como la carroña a una bandada de cuervos.

El Borde —en definitiva— era la boca del infierno. Allí se reunían los marginales que se recogían a restañar sus heridas o que planeaban un nuevo asalto —cada vez más difícil e improductivo— a las ciudadelas. Con la caída de cada bastión, el flujo de las caravanas de alimentos fuertemente armadas que aún mercaban con los señores de los Reductos disminuía más y más y las luchas entre las pandillas aumentaban su frecuencia.

3 cuentos

Los restos de la ciudad agonizaban. El silencio de la noche se rompía de cuando en cuando por el rumor de algún tumulto y el ladrido de las jaurías de perros salvajes.

Enfiló hacia el oeste. En Luján había algo; no sabía qué, pero las opciones del norte tenían rutas obligadas que pasaban por sitios antiguamente muy poblados, sitios que siempre podían resultar peligrosos. En última instancia, si aquello era sólo una esperanza estéril, desde ahí podía desviarse por las zonas más abiertas de la pampa húmeda hasta Bahía Blanca y luego entrar en la Patagonia.

Marchó a través del verdegrisáceo que era lo que quedaba de la antigua vegetación y cuando llegó al cruce del arroyo Carabasco con los restos de la ruta 28, lo vio. En el poniente, en torno al viejo casco de la ciudad, una nube fosforescente rotaba como una serpiente enroscada a un caduceo. A medida que se acercaba, la columna parecía mostrar relámpagos y lenguas de fuego, imágenes de otro mundo, cosas que podían estar o no dentro de ella pero que seguramente no pertenecían a nada que Galván conociera.

Tuvo que ocultarse de algunos grupos de vándalos que merodeaban la zona. Sin embargo, lo sorprendió el hecho de que no fueran más nutridos. Luego intuyó el porqué.

3 cuentos

A medida que se acercaba comenzó a oír un sonido ultraterreno. No sabía cómo definirlo. Un zumbido. Voces en coro. Un rugido de advertencia, quizá. O tal vez nada.

De tanto en tanto, salvajes aislados o en grupos trataban de atravesar el etéreo límite giratorio y Pedro los veía ascender arrastrados por una corriente de aire caliente, revolviéndose como una toalla en una secadora centrífuga hasta desaparecer en el sempiterno manto de nubes oscuras que se extendía de un punto al otro del horizonte, desintegrados.

Había, sin embargo, un conjunto de personas que entraba y salía libremente a través del muro. Cuando estuvo más cerca, vio quiénes eran: viejos internados de Open Door con una extraña luminosidad en las miradas. Y adentro, saliendo del ciclón, cánticos. Melodías hermosas y al mismo tiempo aterradoras.

Trató de atravesar el cerco con una exploración electrónica pero fue imposible. El escáner confirmaba que aquello no tenía un origen natural, pero no podía infiltrarse para determinar qué había más allá. Se advertía una lógica, pero era inútil intentar cualquier método de acceso. Ninguna palabra clave; ningún código válido después de varios intentos. Tan sólo —luego de un rato— una señal de alarma en la pantalla.

Por un momento le pareció que la masa de vapor tomaba la configuración de seres alados con espadas flamígeras. Luego volvió a convertirse en un cilindro liso que giraba a velocidad

3 cuentos

vertiginosa.

Cerró el enlace y se volvió hacia el sudoeste. Miró hacia atrás. Los locos seguían entrando y saliendo como si aquella muralla no existiese. Por un momento trató de imaginarse qué era lo que encontraban, qué era lo que les daba aquel aspecto de estar viendo más allá del mundo. Luego dejó de especular. Era algo tan inútil como tratar de adivinar qué medio empleaban para pasar de un lado al otro. Sólo ellos lo sabían. Ellos y —supuso— los que estaban adentro y no tenían o no sentían la necesidad de salir.

Suspiró y siguió caminando tratando de no recordar todos los kilómetros que lo estaban esperando. Echó un último vistazo hacia atrás, un tanto abatido. De repente, el torbellino pareció abrirse un momento y creyó ver el pináculo de la basílica. Cuando se volvió, inexplicablemente, se sentía más animado, más aliviado. Adelante estaban la llanura inmensa y lo desconocido. Atrás quedaban las Ruinas y la decadencia. Entre todo eso estaba él; sólo él. Pero se sentía joven y fuerte y capaz de enfrentarse a los inconvenientes.

III

3 cuentos

Al caer una noche acampó en las estribaciones de Ventania. Al poco tiempo advirtió que a unos setecientos metros —más allá del faldeo de la siguiente sierra— se estaba concentrando un grupo de gente. Era la segunda vez desde la partida que se tropezaba con un nutrido número de salvajes.

El tumulto generado por la turba era demasiado fuerte y Galván no pudo resistir la tentación de averiguar el motivo. Se acercó lentamente a las hogueras y vio un espectáculo para el que no estaba preparado.

En el centro del puerto se congregaba una multitud. El jefe era fácilmente reconocible por la piel de jabalí que lo cubría —los colmillos guardados por dos cuchillas de acero, metal máspreciado que el oro, emblema de los dioses— y por las cicatrices que denotaban los desafíos que había enfrentado para conservar el liderazgo. A su costado, el chamán presidía la ceremonia. Tocado con un manto de macho cabrío, los cuernos arrojaban siluetas espectrales a la luz del fuego. La horda seguramente había asolado los restos de la antes próspera Bahía Blanca. Muchos de los bárbaros mostraban las heridas del combate. Algunos no verían el resplandor de la siguiente luna velada por las nubes. Pero quedarían los suficientes para seguir sembrando el caos y la destrucción.

Mas lo terrible no era eso: el pensar en la tormenta de muerte que desataban en los escasos núcleos de civilización. Lo más espantoso era lo que se presentaba ante los ojos de Galván: la imagen de los asadores. Y de lo que se cocía en ellos.

3 cuentos

Justo frente a él se alzaba el cuerpo crucificado de una mujer —viva aún, lacerantemente viva y sufriente pero demasiado agotada, demasiado cerca de la muerte para poder quejarse— arrimada al implacable calor de las brasas. A su alrededor se veían los huesos pelados de otros desgraciados que ya habían sido devorados semicrudos.

Galván sintió que lo poco que tenía en el estómago le volvía a la garganta. Su alma agonizaba a punto de morir por el espanto. Había oído del canibalismo de las hordas. Había tenido noticias de los ritos bárbaros que se estaban generando. Podía comprender la lógica animista del concepto de que la energía vital de la víctima pasaba al victimario. Pero aquello era demasiado y se revolvió todo su ser. Mas no era todo.

Cuando la gente comenzó a cortar las partes carnosas de la mujer, el hechicero apareció con la siguiente pieza de comida y Galván no pudo soportarlo más.

Efectuó tres disparos con su arma de alto poder. El primero cortó la agonía de la mujer. El siguiente destrozó el pecho del jefe de la tribu y el tercero reventó los intestinos del brujo, que se quedó aullando y retorciéndose en el suelo mientras lo invadían los lentos estertores de la muerte.

Una granada de magnesio encegueció a la turba mientras cargaba con el subfusil de asalto. Recogió al bebé —la sangrienta herida en el costado y los gemidos primarios hicieron que se le inundaran los ojos de lágrimas— y trepó por una de las laderas del valle. La horda intentó

3 cuentos

perseguirlo pero estaba demasiado desorganizada por efectos de la sorpresa para ser efectiva. Bajó en *rappel* hacia un abra, recogió la cuerda y escapó a su campamento.

A media mañana del día siguiente, la criatura murió. Se había pasado toda la noche en vela, consumiendo los sedantes de su botiquín, tratando de curar las quemaduras y las heridas del bebé. Pero fue inútil.

La última imagen del chico quedó grabada para siempre en la mente de Galván. Antes de expirar —completamente anestesiado e igualmente debilitado— alcanzó a clavarle la mirada. Fue incapaz de explicarse el sentimiento de aquellos ojos pardos, pero experimentó una inefable sensación de agradecimiento. Quizá por la ayuda. Tal vez por el solo hecho de haber estado allí. O acaso fue sólo una racionalización inconsistente de su mente. Una forma de tratar de sentirse menos mal.

Pero el pesar seguía existiendo. Era imposible borrar el dolor que le ocasionaba pensar que estaba inmerso en un mundo en el que tanto una mujer —dadora de vida— como un ser nuevo con una potencialidad aún desconocida podían ser tan poco apreciados.

Por un momento se preguntó si tenía sentido seguir tratando de encontrar algo que valiera la pena. Tomó el cuerpo que se iba enfriando lentamente y lo enterró desapasionadamente, como si se

3 cuentos

tratara de un mal recuerdo. Cuando concluyó, no pudo evitar que un vómito regara el costado de la sepultura. Acaso —sin saberlo, pero necesariamente— un acto de contrición ante la Madre Tierra.

Hay quienes dicen que luego creció una planta con flores de colores en ese sitio, la única durante mucho tiempo en una tierra desertizada. Acaso sea tan sólo una leyenda. Pero podría ser cierto.

IV

No había esperado encontrarse con ninguna dificultad en el camino que había escogido al dejar atrás la provincia de Buenos Aires. Sin embargo, frente a él se erguía un cíclope. Inmenso. Amenazante. Luego se dio cuenta de que el otro ojo de la criatura estaba cubierto por una placa córnea como las que tenía sobre todo el cuerpo. Los dos ojos eran atavismo. El lenguaje también. No había forma de comunicarse con el mutante. Él sólo veía alimento: la carne de Galván.

Le disparó al pecho apenas se le abalanzó revoleando una porra pero fue inútil. El blindaje era demasiado grueso o quizá tuviera más de un corazón. Cuando le iba a apuntar a la cabeza, el otro le rozó el costado del cráneo con la clava. Galván rodó sobre sí mismo por el piso tratando de

3 cuentos

despejarse.

Una descarga de su arma de energía apenas lo hizo vacilar. Las placas que formaban el caparazón disipaban la potencia de las descargas. La única opción era acertarle un proyectil de alto poder en el ojo libre, un impacto casi imposible. Pero tampoco había forma de huir.

El mutante, sin embargo, era lento. Galván se le aproximó mientras empuñaba el grueso cuchillo de monte. Era arriesgado. Pero podía ser la única diferencia entre la vida y la muerte.

En cada finta trataba de introducir la hoja en las articulaciones de las placas del ogro. Un par de veces sintió el silbido de la maza que el otro empuñaba al pasar a milímetros de su cabeza.

De repente, un brazo del cíclope impactó sobre su costado. Mientras perdía el aire, Galván consiguió cortarle el tendón del hombro izquierdo al tiempo que retrocedía. Trató de respirar mientras sentía una o dos costillas rotas. El brazo del gigante pendía laxo a su costado. Se había enfurecido lo suficiente para olvidarse de Pedro. Gruñó y pataleó levantando una nube de polvo. Cuando se volvió hacia su adversario, Galván se había recuperado lo suficiente para poder seguir luchando. Estaba casi de rodillas, sufriendo pero preparado. El mutante levantó la porra para aplastarlo. El otro brazo le pendía inútil.

3 cuentos

Pedro Galván se lanzó de frente. El cuchillo penetró en la garganta del monstruo y Galván trató de apartarse pero no pudo. Antes de que pudiera retirarse el mutante se desplomó sobre él. Una mole inmensa que volvió a quitarle el aire de los pulmones. Pero había muerto. Él, por su parte, acabó desmayándose.

Cuando recobró el conocimiento, el rostro rubicundo de un pelirrojo barbado se inclinaba sobre él.

—Hola, soy Sam Hyams —le escuchó decir.

Era un viejo descendiente de galeses de Dolavon que había subido hasta el río Negro para subsistir como barquero. “Soy el portero de la Patagonia”, bromeaba. Había encontrado a Galván bajo el cadáver del cíclope y junto con su esposa Clotilde le había atendido las heridas con la solicitud de un criollo.

Aquella noche Galván pudo disfrutar de una comida casera como hacía tiempo no recordaba. Don Samuel —que prefería ser llamado Sam— preparaba además una cerveza espesa como un jarabe a la que no mezquinaba. Allí, en la cabaña junto al río, parecía vivir bucólicamente en medio de un mundo caótico.

—Lo único que extraño —le comentó a Galván mientras doña Clotilde servía otra porción de un guiso estupendamente condimentado— son las viejas fiestas florales. Aún puedo rememorar con

3 cuentos

alegría cuando gané en el último *Eistedfodd* que se realizó en Chubut.

—¿Con qué obtuvo el premio? —le preguntó Galván, que algo conocía de las costumbres galesas.

—¡Ah! —sonrió halagado el viejo—. Con un poema sobre Gruffyd y Llywelyn, los últimos defensores de la libertad de Gales. Pero eso no era nada comparado con lo que tenía pensado para más adelante: el himno a Peredur, el héroe esforzado del *Mabinogion*.

—¿Y lo piensa componer, pese a todo?

—Quizá —dijo Hyams mientras llenaba una pipa y lo miraba con atención—. ¿Por qué no?

Luego se quedaron en silencio, mirando las llamas del hogar, hasta que se retiraron a dormir.

Dos días después, Galván le comentó al botero sobre su intención de continuar el viaje.

—Está bien —le contestó el viejo—. Pero antes que Clota te lave la ropa. Estás muy sucio para seguir así. Además hoy es 29 de abril. Te cruzo mañana a medianoche, cuando la corriente es más propicia.

3 cuentos

Galván estuvo de acuerdo y no pudo resistir la tentación de ver cómo la anciana realizaba la tarea. Inexplicablemente, experimentó una extraña sensación de alivio cuando las ropas salieron sin mácula.

—Buenas pilchas, m'hijo —le dijo doña Clotilde—. Tenés tela para rato.

Sam Hyams lo cruzó la siguiente noche. Una niebla fosforescente flotaba sobre las aguas. La barca bogaba silenciosamente como deslizándose entre dos mundos y pareció moverse con un solo golpe de remo.

—No sé cómo pagarle todo esto, Sam —le dijo Galván una vez del otro lado.

—No te preocupés —le contestó el viejo con la pipa de brezo entre los dientes—; este viaje te sale gratis. La próxima vez arreglamos.

V

3 cuentos

Un amanecer salió de su refugio alertado por un sonido. Pese al efecto invernadero, estaba inusualmente frío y sobre el terreno se había depositado una fina capa de nieve. A unos metros a la derecha vio el cuerpo muerto de una cría de guanaco. Sobre el cadáver aleteaba un ave carroñera. Unas gotas de sangre se destacaban en la nieve, contrastando con el plumaje del pájaro. Rojo sobre blanco. Blanco con negro.

Galván se sentó sin dejar de observar el espectáculo. Llevó la mano derecha a su brazo izquierdo y desató el pañuelo de cuello que lo ceñía. Otra vez el recuerdo. Otra vez la imagen de Marina. Los cabellos negros que enmarcaban el blanco rostro de labios rojos en los que siempre anidaba una sonrisa. Otro tiempo. Un tiempo que parecía cada vez más lejano, terriblemente distante. Y sólo un pañuelo azul como memoria. Sólo una impronta en las células cerebrales de Galván que se esfumaría cuando la masa neuronal se anquilosara por la senilidad o —lo más probable— se desintegrara como consecuencia de una muerte súbita y violenta.

Las Ruinas son menos tremendas que la memoria, pensó Galván. Los restos de las ciudades impresionaban pero era más terrible el ejercicio del recuerdo. ¿Adónde se había ido todo? ¿Por qué había tenido que pasar aquello? No había habido ningún intento hegemónico como excusa para la destrucción. No esa vez. Sólo la venganza de la Naturaleza. O tal vez simplemente justicia. Una justicia fría y ciega. Pero implacable como esa imagen de muerte que le traía a la mente las escenas de otras épocas, cuando la vida parecía tener sentido.

3 cuentos

Pero, se preguntó, ¿lo había tenido? Se acordó del tiempo de las rutinas cotidianas, de la cultura de las urbes, cuando las masas anónimas y solitarias se apretujaban viajando hacia los lugares de trabajo o a sus hogares como una caravana de ciegas hormigas obreras. Rememoró las palabras vacías, la abominable demagogia de los gobernantes, la falsedad mezquina de las pequeñas relaciones humanas —todo el delgado barniz de urbanismo que preanunciaba la futura barbarie— y suspiró.

Se desentendió del festín del ave. Desplegó la antena de la computadora y pidió acceso a un satélite. Necesitaba saber qué camino tomar. Los “vigías” celestes escudriñaban a través de la capa de nubes y cualquiera que supiera enlazarse con ellos podía ver lo que detectaban sus sensores infrarrojos y de microondas.

En la pantalla de su unidad personal, las zonas donde se agrupaban las hordas variaban de un rojo pálido a un púrpura intenso. Las áreas yermas orillaban el gris. Los pocos reductos importantes brillaban con el amarillo del oro. Pero había unas pocas zonas —amplios fragmentos del mapa— donde sólo se veía una nada enigmática. Ruido blanco. Interferencia en el “ojo” del satélite generadas por las nubes ionizadas. O por algo más. Un escudo u otra cosa. Lo que se buscaba. O lo que nunca se quiere encontrar pero que siempre se encuentra al final de la vida.

3 cuentos

Galván caviló. Escogió el camino más fácil: el más vacío. Luego de las experiencias de Tornquist y del mutante, estaba demasiado fatigado para encontrarse voluntariamente con cualquier dificultad. “Que vivas en épocas interesantes”, decía una antigua maldición china. Jodido anatema. Siempre había algo nuevo, algo que podía ser tan peligroso como lo vivido hasta entonces. Y el peligro provenía en parte del desconocimiento de la naturaleza de lo novedoso. Lo de aspecto más inocente podía ser tan mortífero como lo más amenazante. Un encuentro casual con un humano o un breve enlace por la computadora podían ser igualmente riesgosos o venturosos. Nunca se sabía dónde se ocultaba el virus de la destrucción.

Levantó el campamento y siguió. Siguió. Como lo había hecho antes, como lo hizo hasta ese momento. Como había sido siempre en toda la historia de la humanidad.

En ese momento se dio cuenta de lo verdaderamente importante: el objetivo no era la vida, sino vivir. De nada valía lo que se quisiera o deseara; sólo el hacer y el no hacer eran hechos en sí mismos y todo lo que no se intentó pesaba en forma inaguantable sobre la conciencia. Por eso el recuerdo de lo que realmente fue una pérdida podía resultar tan doloroso. Por eso había tantos seres que estaban vacíos, que nunca habían tenido nada.

VI

3 cuentos

A media tarde miró hacia el horizonte. No sabía qué era peor: si esa monotonía apenas rota por la carrera de algún ñandú o un reducto agonizante en medio de ninguna parte. A lo lejos se distinguía el vacilante trazado del río Chubut y se dirigió hacia el sureste, donde las aguas dulces se unían con el mar y la vegetación era más fecunda. Rawson ya sólo era un recuerdo y no representaba ningún peligro. Deseaba quitarse de encima el polvo de la meseta y tomar un descanso más prolongado.

Al acercarse distinguió una figura a orillas de la corriente. Instintivamente se fijó si no había nadie emboscado y se aproximó abiertamente para evitar cualquier tipo de suspicacias por parte del otro. En aquel mundo tergiversado, una persona aparentemente sola podía ser el preanuncio de una trampa.

El hombre apenas si le echó un vistazo y siguió ocupado en sus quehaceres. Cuando Galván estuvo a menos de doscientos pasos, se incorporó y lo saludó.

—Soy Pedro Galván —le contestó.

—José Currufil —acotó el otro—. ¿Tiene hambre?

Galván asintió y aceptó la muda invitación de acercarse a la fogata donde se estaban asando unos peces mientras estudiaba a su interlocutor. El pescador era un amerindio robusto y de pocas

3 cuentos

palabras que trozó el alimento con gestos casi rituales antes de ofrecérselo a Galván. Era bueno, después de tanto tiempo de comer la correosa carne de los *choiques*, probar otra cosa.

Poco a poco se fue distendiendo y la fatiga de la caminata desapareció. Cayó el crepúsculo y el tenue resplandor del fuego invitaba a la conversación. Currufil era parco pero no hosco. Galván tampoco era muy afecto al parloteo banal, así que fue diálogo pausado y cortés que tenía más el sentido de reconocimiento hacia el otro que el de pánico al silencio.

Currufil era un mapuche cordillerano que prefería vivir en la costa y se mantenía con los productos de la pesca y la recolección y con algunas piezas de caza. Su familia había muerto y cuando no tenía necesidad de procurarse alimentos se dedicaba a tallar objetos de madera. Al enterarse del sentido del peregrinar de Galván, sonrió sin malicia.

—¿La Ciudad de los Césares? —dijo después.

Pedro Galván se sorprendió por la pregunta del nativo referida a Eldorado patagónico. Luego cayó en cuenta de que si bien su interlocutor vivía humildemente no tenía por qué ser inculto. Un poco avergonzado —mientras se escuchaba el batir de las olas— siguió con una charla que rondaba la historia y orillaba las leyendas.

3 cuentos

Recordaron los días anteriores al Desastre, los compararon con otros momentos de la cultura humana —casi siempre en su decadencia— y ambos esperaban que el nuevo período no fuese una excepción: la aparición de taras genéticas, el agotamiento del medio ambiente y la crisis de la autoridad solían llevar a una vuelta al pasado en el aspecto sociocultural hasta que se producía la añoranza de una mítica Edad Dorada, la cual daba lugar a una reactivación de las fuerzas dinámicas que permitían la supervivencia de la raza partiendo de la espiritualidad.

En cierto momento, Currufil explicó por qué le gustaba pasar la mayor parte del tiempo a orillas del mar: —Las gentes del sur contaban que Elal les enseñó todas las artes y las leyes. Tuvo que matar a su padre para poder hacer eso. Luego se enamoró de la hija del Sol y de la Luna, quienes se opusieron a esa relación. Finalmente los expulsó a los cielos, pero las fuerzas de la Oscuridad lo persiguieron. Fue acorralado hasta la costa, convirtió a su mujer en sirena y él marchó hacia las islas del este montado en un cisne. Supongo que algún día volverá y todo cambiará. Espero poder verlo.

Se quedaron mirando el fuego en silencio. Durante un tiempo, hasta que se retiraron a dormir, el resto del mundo pareció tan lejano como una mala pesadilla.

VII

3 cuentos

Trepó las cuestas del yermo hacia el lugar de donde provenía el brillo metálico. Era como Currufil le había dicho cuando se despidieron: “Subiendo el río, en la entrada de un valle, las puertas de acero”.

Eludió las trampas y llegó hasta la mesa que se alzaba junto a la fuente. Recogió agua de la vertiente con el cuenco que estaba encadenado a ella, la volcó sobre la superficie de metal —los iones del agua termal aumentaban la conductividad del material y cerraban el circuito— y depositó la copa sobre la parte húmeda.

Las nubes sempiternas no habían preanunciado ningún cambio, pero en ese momento un relámpago recorrió el firmamento violeta de un extremo a otro. El trueno subsiguiente sacudió las agujas de los pinos y empezaron a caer gotas del tamaño de huevos de gallina. Los destellos eléctricos encegucían como el aliento de cien dragones, como la mirada de un basilisco.

Las puertas de metal comenzaron a abrirse —se separaban silenciosamente— pero Galván no les prestó atención. Estaba preocupado por cubrirse de la violencia de la tormenta. Hasta que escuchó el desafío. Justo en el momento en que se detuvo la lluvia lo vio del otro lado de las puertas abiertas.

Frente a él se alzaba un guerrero acorazado que lo encañonaba con un arma. No había tiempo para parlamentar. No tenía sentido. La situación toda carecía de sentido.

3 cuentos

Galván rodó hacia adelante en el preciso instante que el otro le disparaba. Frente a frente, ya no había tiempo para elegir un arma. Asió la pala de su equipo y la empleó como maza y hacha. Le arrancó de un golpe el fusil de las manos a su enemigo, quien de inmediato desenvainó un machete. Comenzó un duelo singular.

Pueden haber sido horas. Pueden haber sido minutos. El tiempo ya no existía. Era una lucha por la supervivencia.

En cierto momento la pala de Galván golpeó de plano en la cabeza de su adversario, que huyó hacia el fondo del valle. Pedro Galván no lo persiguió en ese momento. Se sentía demasiado cansado y sabía que era el único camino. Atrás, las puertas habían vuelto a cerrarse. Aquí y allá se veían unos molinos que giraban sus aspas frente a las erráticas ráfagas del viento mientras extraían morosamente la tan preciada agua, aunque el terreno no parecía tan fértil como pudiera imaginarse. Estudió el paisaje y sólo después de un rato pudo seguir las huellas de su adversario hasta el edificio del centro del valle.

Esperaba enfrentarse a una situación violenta pero los habitantes de la ciudadela —casi todos amerindios— lo recibieron de acuerdo con las normas de hospitalidad: le permitieron refrescarse; le dieron de comer y de beber y le permitieron recargar las baterías de su computadora. No le preguntaron nada. Él tampoco preguntó nada.

3 cuentos

A la noche pudo ver a sus anfitriones. En el extremo del salón yacía el señor. Baldado, presumiblemente estéril por efecto de la radiación anterior a la formación de la capa de nubes eternas. Una bolsa de huesos conectada a una serie de terminales —seguramente enlazadas con la computadora central del complejo— que lo mantenían vivo. A un costado estaba su hija. Una mujer que le recordó a Galván todas las viejas heridas. Una joven delgada de cabellos negros, una joven pálida de labios rojos.

En el medio de la comida, por una de las puertas laterales, entró un cortejo fúnebre y el alimento se le atragantó. Sobre una bandeja de plata llevaban la cabeza del guerrero que había luchado contra él. Marcharon en procesión a través de la sala y los comensales vertían al suelo un chorro del vino de sus copas a medida que pasaban frente a ellos.

El muerto —según se enteró entonces Galván— era el prometido de la hija del señor, pero nadie le recriminó nada ni le pidieron explicaciones. Evidentemente, supuso, estaba en una comunidad tan bárbara como las hordas. Sólo la fuerza parecía tener sentido. Sólo la violencia era válida. Decidió seguir su camino.

Al día siguiente le ofrecieron un caballo y no lo rechazó. Si la capacidad de matar daba derechos, no tenía sentido rehusar un trofeo. Acaso lo único que se podía hacer en la vida era luchar y la

3 cuentos

barbarie de las turbas era sólo un reflejo deformado del estilo de vida de los grandes señores. Pero, para Galván, la muerte por la muerte era mera entropía y —con un dejo de amargura— enfiló hacia el último extremo del Páramo. Atrás quedó el valle con los cauces de los arroyos secos; adelante se extendía la estepa cada vez más árida, cada vez más vacía.

VIII

Estaba sentado en el confín del Páramo. A su costado estaba el caballo. Al sur se distinguía la silueta de la isla de Tierra del Fuego. Sintió los pasos que se acercaban a su espalda y saludó aun antes de incorporarse.

—Buenas tardes, José.

—Buenas tardes, Galván —le contestó Currufil.

Pedro había visto la aproximación del pescador y había encendido un fuego mientras lo esperaba. Se estrecharon la mano y empezaron a matear. Galván le preguntó las nuevas.

3 cuentos

—Poca cosa —le dijo el otro—. Seguí por la costa. Algunas gentes pesqueras, pero nada de lo que usted busca. ¿Y por su lado? —le inquirió mientras cabeceaba en dirección al caballo.

Galván le comentó amargamente de su decepción. Currufil sorbió la bombilla y sonrió. —¡Había sido bruto el huinca!

Pedro lo miró sorprendido. Su interlocutor soltó una carcajada.

—No lo tome a mal, Galván. No me estoy burlando. No de usted, al menos. En cualquier caso lo que me causa gracia es todo lo otro: cómo estamos demasiado lastimados para ver.

—¿Qué quiere decir?

—¿No se dio cuenta? Prejuzó, tuvo miedo y no preguntó nada, como si lo supiera todo. Y todo salió mal. Pensó que el Señor Herido era uno de esos jefes de baluartes que se aferran desesperadamente a la vida y al poder. Eso no es cierto en este caso. Él está atado a una obligación.

”Pensó que era un núcleo de costumbres bárbaras por la reacción frente a la muerte del guerrero. Yernos y pretendientes como ése hubo muchos y son los que hacen que el señor no pueda liberarse de la carga. No tiene el poder suficiente para rechazarlos, pero puede evitar que accedan

3 cuentos

al poderío del lugar.

—Sigo sin entender —dijo Galván.

—Si hubiera preguntado, le hubieran explicado. No hay que tener miedo ni vergüenza de la propia ignorancia. Cuénteme otra vez lo que vio antes de llegar a la fortaleza.

Pedro empezó de nuevo. Los molinos de viento en el valle estéril, ocupados sólo en generar energía. Una construcción en donde las luces brillaban como en ningún otro lado...

—No, no —lo interrumpió Currufil—. Eso lo vemos después. Lo anterior.

—Bueno. Antes de eso, las puertas. Las puertas que cierran el valle. Y la fuente con la llave.

—Hizo una pausa.— La tormenta... ¿La tormenta es parte de la llave?

—Sí —le aseguró el pescador.

Galván se quedó pensando. Un lugar con dos fuentes de energía —geotérmica y eólica—, con la potencia suficiente para eliminar el complejo y cerrar las puertas con un sistema electrónico capaz de general tormentas eléctricas que a su vez producían ozono. Pero con un terreno yermo. ¿Por qué?, se preguntó Galván —sin darse cuenta— en voz alta.

3 cuentos

—Porque hay que mantener vivo al señor, el único digno y capaz de conservar el baluarte —le contestó José.

—¿Y para qué me lo cuenta? —inquirió Galván—. ¿Por qué usted no hace algo si es que sabe tanto? ¿Cómo se enteró de todo esto?

—Para que lo sepa. Y porque no soy un señor de la guerra. A mí me gusta esto. Si asumiera esa misión tendría que hacer cosas que no me gustan y para las que no estoy preparado, como defenderme de otros señores. Hoy la ciudad está protegida por una cubierta electrónica y pocos llegan a ella. Pero habrá un día en el que será preciso levantarla para ofrecerles a todos lo que se les pueda dar y habrá muchos que la codiciarán. Ese día hará falta mucha fuerza para intentar evitar que se repitan viejos errores. Fuerza física y fuerza interior. Y lo sé porque viví ahí con mi familia hasta que un grupo de rebeldes trató de aprovecharse de eso. Fue horrible... No creo que pueda volver a soportarlo. Aunque ya perdí lo único valioso que podía llegar a perder.

Galván calentó dos paquetes de raciones mientras meditaba. Cuando le pasó uno a Currufil su voz sonaba distante, como si viniera desde el fondo de sus pensamientos.

3 cuentos

—Usted sabe que buscaba un paraíso; un lugar alejado de todo, donde se pudiera vivir en paz y olvidado del mundo. No lo encontré. Sólo vi violencia y muerte. Esto que me cuenta me da miedo. Quizá sea más de lo mismo. Pero ofrece algo que no me atrevo a llamar esperanza. Una nueva oportunidad, tal vez. —Currufil asintió en silencio.— ¿Habría que seguirla?

—No sé —le contestó el otro—. Todo depende de cada uno. No es mi camino, de eso estoy seguro. El destino propio lo debe forjar uno mismo. Todo lo demás no son sino señales en la ruta.

IX

Las palabras de Currufil lo habían afectado de un modo difícil de explicar. Al tercer día se despidió del pescador y cabalgó con rumbo hacia el norte sin un plan definido.

Andaba por la zona del río Pinturas cuando sucedió. La tormenta no había estado prevista. Los mapas satelitales no habían mostrado nada que la preanunciara. Sin embargo, un viento tan ardiente y asfixiante como el zonda barría la meseta de un extremo al otro en el medio del invierno y arrastraba el polvo de un terreno al que le costaba reconstituirse luego de la desertización

3 cuentos

producida por las ovejas que alguna vez llevara el hombre, ovejas que ya hacía mucho que habían desaparecido.

A duras penas consiguió llegar hasta una cueva que atisbó a su derecha y que le podía servir de refugio para él y su montura. El viento rugía y en la penumbra del mediodía alcanzó a distinguir las borrosas manchas impresas en las paredes. Ahí estaba: un hombre de un mundo agonizante que se protegía en las mismas condiciones que los primeros pobladores de la zona.

Las manos de los muros parecían suplicarle algo, tratar de alcanzarlo a través de la distancia del tiempo con todo el peso de las promesas no cumplidas. O de los sueños no realizados.

El polvo castigaba las ancas del caballo que trataba de meter lo más posible la cabeza en la boca de la entrada buscando respirar una bocanada de aire puro. Galván decidió prepararse algo de comer y recogió unos leños que aún soportaban el viento en la boca de la gruta, a los pies del animal. Se dirigió hacia el sitio más resguardado de la pequeña y angosta gruta, dispuesto a preparar una fogata. Aún meditaba acerca de la necesidad de volver al valle secreto. Recordaba las palabras de Currufil y sopesaba sus limitaciones —pensaba en la tentación de convertirse en un tirano todopoderoso, en la responsabilidad, en las dificultades: en el futuro—. Tenía miedo. Dudaba.

3 cuentos

Recordaba la vida en los restos de la vieja ciudad capital. Recordaba los años anteriores a la caída. Recordaba el periplo que inició al dejar las Ruinas. Recordaba y pensaba.

Sabía de la magnitud del caos —los mapas de los satélites militares mostraban puntos “ardientes” casi por todas partes—. Tenía consciencia de la necesidad de evitar el máximo de entropía —todavía quedaban conocimientos que eran imprescindibles; la Naturaleza necesitaba regenerarse; toda vida humana era, de algún modo, importante—. Sentía la tentación del poder. Debía encarar el desafío de la ciudadela oculta. Temía enfrentarse consigo mismo.

Hurgó en la pila de maderas buscando otro leño. La fogata se estaba apagando. El *matuasto* que dormía bajo las piedras se había despertado por el calor que reinaba en la cueva y se le prendió del antebrazo.

El dolor fue terrible. No recordaba haber padecido algo así en toda su vida.

El reptil se le había prendido de la carne y —como era típico en él— no abría las mandíbulas. No había forma de separárselas. Mientras lo sacudía contra las piedras, manoteó el cuchillo. Lo hundió varias veces en el cuerpo del lagarto hasta matarlo, pero sólo pudo liberarse cuando le dislocó las articulaciones de la boca. El veneno de la alimaña —sin embargo— ya recorría sus venas.

3 cuentos

Mientras se aplicaba el antiséptico del botiquín, sentía cómo su organismo luchaba contra el necrosamiento de los tejidos. La fiebre le subió en poco tiempo. Ya no le importaba la tormenta. Ya no había mundo ni hecatombe. Sólo existía la nube negra del delirio que avanzaba sin pausa hasta estallar en un brote de inconsciencia.

Obligó al caballo a salir al centro de la tormenta sin rumbo fijo pero con una marcha efectiva hacia el noreste. Para cuando llegó a las Lagunas sin Fondo —bordeando las sierras, orillando entre la vida y la muerte—, había perdido el sentido normal de la percepción.

El viento ya había cesado, pero no se dio cuenta. Sólo vio la superficie de las aguas oscuras que se agitaban más y más. Sólo vio cómo dos bestias surgían del lago y se enzarzaban en una lucha eterna como la de dos dragones enemigos. Sólo vio a Kai Kai Filu y a Tren Tren, las dos serpientes de la mitología araucana, enfrascadas en el duelo eterno de la vida; ambas sabiendo que ninguna prevalecería; ambas sabiendo que vida y muerte marchan juntas. Cosmos y Caos. Sin resolución. Sólo voluntad y perseverancia.

No presencié el final. O —en todo caso— no lo recordé. Cayó de la montura y los días pasaron. Lo bañó el rocío y el polvo de la estepa lo recubrió como un sudario. Los caranchos revolotearon sobre él sin animarse a descender mientras se sucedían las jornadas y los zorros colorados

3 cuentos

parecían montar guardia a su alrededor.

Abrió los ojos y el caballo estaba echado a su costado, brindándole calor y compañía. Las aguas del lago más cercano eran un espejo que le permitió verse tal como era: pequeño y frágil en la inmensidad del Universo.

No sintió miedo. Era joven y fuerte. El temor se había disuelto como la nieve del nuevo invierno. Pero había algo más que eso. Era parte del Todo y lo sabía.

No podía intuir lo que vendría pero era consciente de que no podía escapar de las responsabilidades. Sabía que el Destino se cumpliría hiciera lo que hiciese. Antes o después. Sus acciones sólo determinaban el tiempo.

El Tiempo. La única muralla en la vida del hombre. De todo hombre. De cada hombre. La muralla que separa lo añorado de lo deseado, lo recordado de lo real. Lo imposible de lo posible.

Montó el caballo y enfiló hacia el valle. Se limpió la cara con el pañuelo que llevaba en el brazo izquierdo. Una ráfaga de viento se lo arrebató de las manos pero no se detuvo. No miró hacia atrás. Ya no precisaba fetiches. Su historia estaba en él y no le importaba a nadie más. Adelante sólo quedaba el camino por recorrer.

3 cuentos

X

—Mi padre quiere verte —le dijo Isabel. Había algo en su mirada que Galván no supo discernir. Durante todo ese tiempo la había ido conociendo lentamente, sin confundirla con ninguna sombra personal. Pero aún le faltaba mucho para llegar a aprehenderla completamente. Toda una vida quizá no resulte suficiente, pensó. Tal vez se necesitaran varias. Después de todo, una sola apenas alcanzaba para comprenderse a medias a sí mismo.

Acababa de refrescarse luego de la batalla y la acompañó hasta la cámara donde estaba Don José. Era la cuarta vez desde que había regresado al valle que debían contener un ataque masivo para el cual los sistemas autónomos de defensa no resultaban suficientes. Pero esta vez había sido distinto. Don José Artime fue al grano: —Leí tu informe y no pude dejar de preocuparme. ¿Estás seguro?

—No del todo, pero casi —le contestó Galván—. Los tres primeros ataques fueron de hordas numerosas pero desorganizadas y las pudimos rechazar fácilmente. Pero este último fue algo premeditado. Los efectivos estaban bien armados y seguían un plan táctico. Me temo que se trate de la operación terrestre de algún Reducto. —Hizo una breve pausa.— Ya hubo tres intentos de burlar el bloqueo electrónico. Las dos últimas veces fueron demasiado seguidas y al poco tiempo

3 cuentos

se produce este intento de asalto. Todo me lleva a pensar que esas tres intrusiones tienen un origen común.

—¡Somos tan pocos! —musitó el anciano—. Antes éramos suficientes para enfrentarnos a situaciones como éstas. Hoy sólo quedan los nativos y muchos cayeron en este combate. Ellos fueron los únicos que permanecieron fieles en la Revuelta, cuando murió la familia de Currufil, que te envió aquí.

—Lo sé —replicó Pedro—. Pero debemos aguantar como sea. Supongo que Afuera habrá aparecido alguien capaz de concentrar gran parte del poder existente y me temo que no surgió de entre los mejores.

Artime suspiró penosamente y empalideció aún más, si eso era posible.

—¿Qué le duele, Don José? —le preguntó preocupado Galván mientras se aproximaba a las pantallas de las terminales que lo monitoreaban. Isabel se acercó a su lado, acongojada.

—Ay, Pedro. El alma. La existencia. El pensar que es por el goce egoísta de una vida fugaz, del que un siglo de prudencia no nos podría expiar, que estamos así.

3 cuentos

”Cuando todo comenzó busqué aquí un refugio con mi hija huérfana pensando que sería útil para evitar la destrucción o para ayudar en la reconstrucción y creé un muy importante banco de datos. Luego enfermé y el complejo sólo sirvió para mantenerme en agonía perpetua. Quise dejarle a alguien el legado, pero vi en los corazones de la gente y sólo descubrí interés personal.

—Lo entiendo, Don José —dijo Galván cuando vio que Artime no corría peligro—. Yo también esperaba un nuevo amanecer, pero me encontré con los monstruos de afuera y con mis propias sombras. Quizá algún día. Quizá...

El Señor Herido permaneció largo tiempo en silencio. Su hija lo miraba con atención.

—Cuando viniste por segunda vez, me ofreciste tu banco de datos y el acceso a tu sistema junto con el servicio de tu persona. Te acepté lo último, porque te vi herido pero sanado, y te nombré capitán. No pretendiste la mano de hija como los otros y en este tiempo mostraste tu fuerza y tu nobleza. Por eso ahora reclamo la primera parte de tu ofrecimiento. Pero con una condición: que también recibas mi sistema y hagas lo que yo no pude.

—No sé si seré capaz —balbuceó Pedro.

—Pedro Galván, mírame a los ojos y contestáme: ¿prometés defender la Ciudad y emplear su potencial para lo que es realmente necesario, aun a costa de tu vida?

3 cuentos

—Sí —contestó. Su voz sonaba extraña. Había miedo en ella. Había miedo pero también determinación.

—Entonces dame un beso, Isabel. Siempre te dolió verme así; a mí también. No te lamentés. Todo tiene un tiempo y ya es el momento. Los bendigo a todos.

Isabel lloraba pero no había nada que hacer. Las conexiones neuronales de José Artime ya habían impartido la instrucción al procesador central. Los circuitos de mantenimiento vital se estaban desconectando uno por uno. El Señor Herido cerró los ojos y el sistema comenzó a derivar la energía a otros periféricos. Una tormenta eléctrica se desencadenó en el cielo violeta, una tormenta como hacía tiempo que no se veía. El aroma del ozono refrescó la pesada atmósfera típica del efecto invernadero y el agua comenzó a correr por los canales del valle.

Isabel lloraba. Galván le tomó una mano sin saber cómo reconfortarla. Ella se echó a sus brazos y se le apoyó en el hombro. Galván no encontró palabras, pero estaba ahí y ya era algo. El Señor Herido —ya completamente desconectado, hipotéticamente más allá de la vida— abrió los ojos por última vez. Los miró y sonrió. Luego murió como debe morir todo hombre nacido de mujer.

3 cuentos

José Currufil estaba pescando a orillas del mar. Habían pasado varios años desde la última vez que se encontrara con Galván, pero no los representaba. Seguía con sus tallas de madera y sobreviviendo en un mundo salvaje. Seguía recreando por sí mismo las tradiciones de sus padres.

Súbitamente se incorporó. Había un cambio en la textura del aire. Olfateó y aspiró profundamente. Lo invadió una sensación vivificante.

Miró hacia el este movido por un impulso. A lo lejos, en dirección a las islas, un resplandor anunciaba el amanecer. En el punto más bajo del horizonte brotó un punto rojizo que se volvió anaranjado. Cuando la mancha se volvió amarilla, vio un borrón negro recortado contra ella. A medida que el sol aumentaba su tamaño —un sol que había estado oculto durante quién sabe cuánto tiempo—, el objeto subía y subía mientras aumentaba su tamaño.

Al pasar sobre él lo pudo distinguir. Un cisne. Un cisne blanco que volaba hacia las montañas. Sólo muy lejos en el norte las nubes seguían espesas. Pero no importaba. Era un buen amanecer y rogó a Nguenechén para que la claridad también llegara al espíritu de los hombres.

©1997, Santiago Oviedo

3 cuentos

Ediciones Turas Mór

es un emprendimiento que se propone crear libros electrónicos de distribución gratuita.

Los derechos de la obra pertenecen exclusivamente al autor.

Está prohibida su reproducción total o parcial
sin la cita explícita de su fuente.

Quienes quieran apoyar este proyecto editorial
pueden comunicarse a través de la dirección de correo electrónico abajo indicada
para incluir vínculos a sus sitios en futuras ediciones
o para figurar en esta página como
Benefactor Adherente.

Ediciones Turas Mór

es miembro fundador de
e-ditores.

Ediciones Turas Mór: turas@oviedo.iwarp.com

e-ditores: e_ditores@yahoo.com.ar